CLAUDIO HERNÁNDEZ

VUELVE EL FRÍO

INVIERNO

VUELVE EL FRÍO INVIERNO

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2021.

Título: VUELVE EL FRÍO INVIERNO

© 2021 Claudio Hernández
© 2021 Diseño de cubierta: Higinia María

Obra registrada SafeCreative.
Código de registro: 2105097778998

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

Para los que se arrepienten de no hacer las cosas bien. Para los que han dado su vida por los demás, y sus dramas han servido para enriquecer a algunos y dar esperanzas a unos pocos científicos que trabajan día y noche. En memoria de ellos y para los que están en primera línea del frente.

A todo ellos y ellas, gracias de todo corazón.

Ahora toca concienciar.

Y ser constantes.

Y rezar por mi padre y mi WISKI que están en el cielo felíces por fin...

VUELVE EL FRÍO INVIERNO

1

La muerte forma parte de la vida.

—La cogí de la mano y simplemente expiró —dijo Burt Duchamp mientras masticaba chicle. Había dejado la cerveza y había superado la tentación de mascar tabaco como un descosido. En lugar de ello, ahora meaba más claro y su aliento—de forma temporal—tenía un regustillo a menta. Para él, esas cosas de mascar, no es que pensara que hiciera mucho a sus ochenta y tres años, pero seguía masticando con las únicas dos muelas que le quedaban en pie como la torre oscura. Entre trago y trago de saliva espesa como el moco de un perro resfriado, se giró, miró al cielo encapotado y abrió los ojos cuando algo tan sencillo como un copo de nieve se afanaba por agarrarse en el aire intentando no suicidarse contra el suelo.

Aquello, le traía malos recuerdos.

Vaya que sí.

—Aquellos hijos de puta me pusieron en entredicho —reconoció con una voz áspera y sus ojos se volvieron como un resorte que les empujaba a salírseles de las cuencas por la fuerza en como giró su cuello para mirarla.

Yarely Nguyen le correspondió con sus azulados ojos que brillaban a pesar de que las sombras se arrastraban alrededor de ellos. Estaba atenta. En silencio. Como si estuviera absorta. Su cabello rubio bajo la capucha beis tirando hacia marrón con flequillos de pelo sintético parecía inamovible. Sus pómulos eran rosados y sus labios húmedos a pesar del cortante viento helado, estaban exentos de cualquier pintura barata de labial.

—Esta mañana he escuchado por la radio de la policía. —Burt carraspeó y añadió—. Que un hombre ha aparecido con el culo rajado, no muy lejos de aquí. Justo en la carretera setenta. La llamamos así porque solo los tipos duros de setenta años en adelante, la recorren a diario en sus largos paseos contra el colesterol. El tipo ha aparecido en medio de la calzada en una posición antinatural. —Se fijó de nuevo en los ojos de Yarely que seguía estando callada—. Al parecer le han dado por detrás.

Y soltó una especie de sonrisita de loco y malévola a la vez, produciéndole una tos improductiva. Se llevó el puño a la boca y el chicle se lanzó contra sus labios cerrados.

La chica joven, de unos veinte años en adelante, estiró su brazo y

con su mano enguantada en lana le cogió por el brazo sin apretar.

Era extraña de cojones.

—Chica. Di algo. ¿Para qué has venido preguntando por mí?

Ella cabeceó una sola vez sin retraer la mano y dijo:

—Porque quiero ayudarte. —Su voz sonaba casi como un coro celestial mientras sus párpados caían pesadamente ocultando sus bellos ojos.

—¿Ayudarme?

Burt Duchamp sintió como su corazón quería masticar ahora, al chicle y devorarlo.

Mientras, el cielo lloró copos de nieve que esta vez sí, se estrellaban contra el suelo, sin hacer ruido.

Sin hacer ruido.

2

Como una tempestad inhumana, se aferraba a los encorvados cuerpos de la policía que allí discurrían entre la entrada de la primera nieve y el fuerte viento amenazador. Las luces azules eran como hojas de cuchillo que si podían atravesar la espesura de la nevada. La luz blanca de los faros apenas si podía reflejarse en cada cara de cada copo de nieve. Cuatro agentes de policía mascullaban, ladraban y berreaban como cencerros. Uno de aquellos imbéciles se había dejado la sirena puesta de su vehículo patrulla de un color azul cielo, el mismo color que ahora no brillaba. El sheriff Kendall Collins tenía los brazos en jarra y se movía como una hoja perenne en medio de un flujo de viento asombrosamente potente, pero sus botas estaban hincadas en el suelo como si lo hubieran dado martillazos desde la cabeza.

—¡Adam! ¡Apaga esa maldita sirena puñetas!

Y de forma casi inexplicable la voz de Kendall horado la niebla que también se condensaba alrededor de ellos, abrazándolos con unos brazos acuosos.

—¡Si, señor!

Adam era un tipo de estatura normal, metro setenta, cabello color panizo y pómulos con forzadas marcas rojas, como si le hubieran abofeteado de forma constante. Pero su piel no estaba cubierta de pecas por ser pelirrojo. Eso le hacía diferente a los demás. El color de su tez se debía a su composición de grasa y aspecto rechoncho.

Corrió hacia el coche con premura no sin atascarse un par de veces por los golpes de los puños de la inclemencia del tiempo. Abrió la portezuela que casi salió volando con un crack estrepitoso y alargando su mano helada le dio al pulsador con la yema de su dedo índice. La

sirena se estranguló de repente y en su lugar, el viento empezó a chillar alrededor de las laderas de la montaña cortada por una carretera poco frecuentada por coches.

Kendall respiró aliviado y dejó colgar los brazos como si éstos hubieran muerto. Estaba a tan solo unos metros de la víctima. Un varón con los pantalones bajados y ensangrentado desde el ano hasta la parte posterior de sus rodillas. Estaba en pompeta y su cabeza se había hincado al suelo como los avestruces. Sus brazos soportaban el peso de su torso helado y tieso como una barra de hielo.

—Boad Hill ha crecido mucho últimamente, y ya no tenemos memoria para guardar los nombres de todos los lugareños. ¿Alguien sabe de quién se trata? —La voz grave de Kendall cortó el hielo y las angulosas formas de los copos que bailaban en el aire.

El listillo de turno, su acompañante, el que le llevaba el papel para limpiarse el culo, o sea, Adam Cox, el de antes, se giró hacia su "Boss" con una estúpida sonrisa marcada y grabada a fuego en su rostro patético.

—Es Kenai Landis, señor. Era un experto en sistemas de alarmas. ¿No recuerda la de veces que vino a comisaría para pedir permiso de algunas de sus instalaciones más peculiares?

Kendall negó con la cabeza.

Su sombrero sacudió algo de nieve y resopló por la boca como un búfalo cabreado.

—Sí, ahora lo recuerdo. Gracias por ser tan preciso lameculos. —En ese momento sus brazos depositaron toda la confianza alrededor del su cintura, estrangulando los dedos de sus manos heladas tras el apretado cinturón marrón con hebilla tan pálida como el culo de aquel hombre que seguía intacto en esa peculiar posición.

«No ha tenido bastante, señor, oh, dame una patada en el culo, oh, sí, señor, patéame el trasero.»

—Oh, de nada, señor. Para eso soy su ayudante —sonrió el rechoncho panizo con una mano sacudiéndose en el aire al cual le atravesaban los haces de luces como si fueran espadas siderales.

—Capullo —susurró Kendall mordiéndose los labios.

No lo soportaba.

El viento cortó su respiración como un hacha manipulada por un loco escritor encerrado en un gran hotel lleno de fantasmas. Ahora, se movió hacia el cuerpo que estaba bocabajo y no pudo contemplar sus ojos abiertos y vidriosos. Ladeó la cabeza en medio de la densa niebla y le miró el culo. La sangre estaba recubierta de una capa de nieve o hielo, y el aspecto que tenía ahora ya no era tan espantoso, o quizá, ridículo. Los pantalones con el cinturón deslavazado, estaban

enterrados por una fina capa blanca. Suspiró y vio algo que precisamente otro de sus hombres tocaba con una especie de pluma.

Un colgante de oro atrapado entre los mofletes del culo.

Podría resultar gracioso, pero el sheriff no sonrió, sino que se echó para atrás arqueando una ceja.

—¿Qué es eso? —preguntó y sus palabras se las llevó el viento con sus garras como espátulas. Era como si docenas de fantasmas arrastran su voz hacia el infierno blanco.

Enzo Stewart, que así se llamaba el rubio de la canina, levantó su mirada y clavándosela como dos agujas en sus ojos dijo:

—No lo sé, señor. Parece una cadena, pero no sé lo que hay al final de ella. —Su rostro era todo un poema. Sus córneas casi levitando en el aire.

—Pues tira de ella y compruébalo —graznó el sheriff ahora con las manos en los bolsillos del anorak marrón.

Enzo hizo un tic extraño. Sabía respuesta de la incertidumbre.

—Está bien, señor, pero tengo que ponerlo en el informe...

—¿Te he dicho que ocultes algo? —le zanjó Kendall al tiempo que sus cejas parecían dos puentes romanos.

—No, señor.

—Pues saca la jodida cadena.

—Sí.

La nariz de Enzo casi rozaba la raja de aquel culo cada vez más blancuzco y pálido.

Ivar y Joel, sus compañeros soltaron unas risitas de niño malo mientras lo miraban de soslayo. Uno de ellos estaba escribiendo en un bloc de notas y el otro sostenía el teléfono móvil en la mano dispuesto a sacar la instantánea del día.

Enzo rebuscó en su bolsillo de la chaqueta y sacó unas pinzas. Curiosamente siempre las tenía allí, ya que era ideal para sacarse los pelos de la nariz. Ahora, sería ideal para sacar la jodida cadena del ano de Kenai.

Lentamente acercó la pinza a la cadena, la atrapó como si fueran dos dedos y empezó a tirar de ella. Salió con un goteo de sangre y al final se atascó.

Miró a Kendall con los ojos enturbiados por la ventisca. Tenía los labios amoratados. El sheriff movió la cabeza.

Y entonces tiró de la cadena con fuerza.

—Oh, señor. ¿Quién puede hacer algo así? —exclamó Enzo visiblemente pálido. Sus ojos se habían proyectado hacia adelante un milímetro—es algo que sucede cuando alguien se da el susto de su vida según los médicos—, y aquel destello quemó sus retinas.

—Vaya. Un crucifijo —Dijo Kendall sin impresión alguna en su rostro—. Menos mal que es pequeño.

Todos los agentes lo miraron aviesos.

Y mientras, la nieve caía sobre el broncíneo cuerpo del crucifijo que zarandeaba entre los dedos de Enzo.

Se lo había sacado del culo, joder.

3

—¿No crees que ya hemos hablado bastante? —preguntó Burt una hora después de que aquella mujer tocara con sus nudillos la puerta de su casa. En todo ese tiempo, él había estado aguantando la puerta con su mano derecha en forma de pinza como si las bisagras de ésta estuvieran agotadas de aguantar la madera. La nieve se había arremolinado en la entrada y había formado extraños montículos como dunas pisoteadas.

Aquella chica ni temblaba de frío, mientras que Burt dentellaba como un descosido. Su cabello blanco ondeaba al aire como una bandera deslavazada. Una de esas que había visto más de una vez en el Vietnam.

—Sé lo de Peter Bray —acució Yarely. Sus ojos eran preciosos y eso, podía admirarlo el vejestorio.

—Joder, ¿y quién no lo sabe? Escribió su propio libro, por el amor de dios. Ahora medio planeta sabrá que Peter. El buen chico. Tenía un don muy especial. Todos sabrán que tenías que tener mucho cuidado al darle la mano, pues te leía el testamento dentro de tu cerebro.

Burt masticó el chicle que ya no tenía ni sabor ni textura. Sus mofletes se movían de un lado para otro y un bulto se movía por el trayecto de una sórdida sonrisa, como si detrás de ellos hubiera una bola de billar jugueteando.

—Y sé lo de Ann —añadió aquella chica de chaqueta forrada con pelo sintético.

—Sí. Pobre mujer.

Burt quiso decir algo más, pero no lo hizo.

El viento aulló en la colina de los Manster y un perro ladró a lo lejos hasta llorar. El frío invierno había regresado y Yarely tenía algo más que decir.

Algo especial.

4

—Llevaos a este fiambre de aquí. Quiero los resultados de la autopsia mañana por la mañana. A primera hora. Quiero saber si hay huellas en ese puñetero crucifijo. Si era de él y si es de algún perturbado. —Kendall rociaba sus palabras y órdenes como una

manguera de agua estampa sus gigantescas gotas sobre el césped, salvo que allí estaban sus hombres boquiabiertos.

—Con todos mis respetos, señor. Se trata de Kenai Landis. Un hombre importante...

—¡No seas ignorante Enzo! Esa letanía ya mi la sé. Solo quiero resultados para descubrir al cabrón que ha hecho esto —le zanjó el sheriff como si hubiera arrancado una motosierra para cortar el hielo —. Y mide tus palabras o te quedarás sin ser mi mano derecha.

Enzo escondió literalmente su cabeza entre los hombros.

—Lo siento, señor.

—Pues no sientas tanto y dame resultados.

—Sí.

El resto de la conversación se la llevó la brisa montada en una bala que rajaba el aire que los separaba a ambos.

Y la nieve seguía cubriendo sus sombreros de fieltro, como el polvo cubre las mantas de una cama.

En alguna parte de Boad Hill, o en el estado de Maine un cabrón denominado asesino, se estaba riendo.

¿O era una señorita de largo cabello rubio, coqueta y de ojos grises?

5

Aquel día Yarely se fue sin más al hostal Hillhouse, despidiéndose de Burt, el antiguo sheriff de Boad Hill durante más de treinta años, con un simple ademán y una sonrisa en sus labios. Quería decirle algo. Ese algo que la atrapaba. Que la identificaba. Que la poseía del todo, pero no lo hizo. Hubiera deseado cogerle de la mano y empujar, pero a veces no le hacía falta ni eso. Su mirada bastaba—solo funcionaba con los vivos—, y casi se sorprendió al no ver nada esa vez.

Burt se quedó atrapado en el umbral de la puerta con la camisa a cuadros cubierta de una fina capa de nieve. La observó en la distancia y pensó cosas.

Cosas.

6

—Ha sido forzado señor sheriff —explicó David, el forense. Un tipo calvo y algo regordete cuyas gafas pendían de la punta de la nariz. Conmocionado se había esforzado por no dar más detalles aunque sabía que el carbón de Kendall le sacaría hasta la nana de su mamá en tiempos inmemoriales.

—¿Quieres ser más explícito? —La mano del sheriff se posó en un

lateral de la camilla helada y metálica, justo al lado de la cabeza del fiambre—. ¿No le has sacado las tripas para descubrir un rosario dentro?

El forense se echó para atrás repentinamente asustado por la mirada de él. Parecía un sádico salido de una de esas novelas baratas que se leen en una tarde con tanta ansiedad que podía explotar de un momento a otro.

—Los rosarios no se utilizan en este estado señor sheriff —expresó David mientras su mano buscaba un punto de apoyo detrás de él, que por cierto, no encontró.

—Lo sé. Aquí o somos protestantes o evangélicos que siguen a un perturbado pastor que habla sin parar hasta desgañitarse por vender una moto sin ruedas, pero eso me da igual. Quiero saber que más has encontrado en su recto.

Kendall no se andaba con contemplaciones. Sus dedos arañaron la camilla con un singular sonido que erizó los pelos del forense.

—Bueno, eso parece. Pero, aquí también somos católicos —le recriminó no sin temblar aquel regordete cuyas gafas parecían un gran moco oscuro y ensangrentado.

Adivina cuanta materia gris has esnifado, y cuantos pedos, bueno, es decir, gases flatulentos de cuerpos corrompidos, oh, sí, señor... Y sangre. Esa espesura empalagosa que flota en el aire junto al formol o el alcohol...

—¿Intentas decirme que soy idiota David? ¿Cuánto hace que nos conocemos? —Los ojos de Kendall refulgían como dos destellos de lava. Los dedos de las manos estaban estirados, alargados y tensos. Sudaba—. Reconozco que tengo mala leche, pero ya me conoces bien. No voy a hacerte nada chico bueno. Solo soy un tipo raro al que le duele el grano del culo y créeme, esto, lo que hay sobre la mesa. —Señaló al cadáver—. Y lo que guardo en una bolsita. Me tienen desquiciado. Jamás había visto una cosa así, y ya sabes que soy impaciente. Esto me jode tanto como a ti cuando no sacas conclusiones. Hasta ahora he estado mordiéndome la lengua delante de mis hombres, pero cada vez que pienso, es como si me volviera loco. ¿Entiendes? Por primera vez en el cuerpo, no tengo una pelea de gallos, sino un asesinato. Y por la pinta que muestra debe ser de alguien que está muy majara porque presiento algo tétrico en todo esto.

Cuando dejó de hablar, sintió como si sus pulmones soplaran como fuelles al rojo vivo del metal blandiéndose bajo un martillo. Había soltado, quizá, el mayor discurso de su vida y había experimentado algo de miedo en el fondo.

Lo había sentido en la nuca como una caricia de una mano helada.

—Si tiene alguna huella la detectaremos —dijo David sin saber por qué había respondido así. Casi fuera de lugar.

Kendall lo miró fijamente.

—A veces pienso que eres tonto de verdad. Eso ya lo sé. Para algo lo están analizando los criminalistas. Pero ¿Crees que encontraran algo entre las heces?

—Depende. Si hubo penetración...

—Dios. Qué asco —graznó el sheriff atajándole. Se agarró el cinturón y tiró hacia arriba con fuerza. Era como sacar un gran saco de arena de un pozo.

David no respondió de inmediato.

—Bueno, debo advertirle que personalmente no he encontrado semen en el recto del cadáver.

—Mira que bien. A lo mejor es una mujer quien le ha metido eso por el culo. Sí, una de esas servidoras de Dios que lleva su fe hasta la locura.

Y después Kendall emitió su particular brillo en la sonrisa de un niño travieso.

David le conocía bien.

7

Burt yacía en el sofá como un cadáver mirando el televisor. La luna con la cara oculta seguía escondiéndose tras las nubes y la nieve se acumulaba en el alfeizar, apilándose como la sal. Mientras, el sonido del viento se adosaba en las esquinas de los aleros de aquellas casas que desfilaban en línea recta en una calle amplia y llena de jardines a los lados. Jardines que eran ahora, planetas blancos destellando un color vivo hacia el cielo.

Tras la visita de aquella chica, a Burt le había quedado alguna que otra duda sobre su presencia y el interés de Peter Bray. Esa mirada escondía algo y a la vez, quería explicarle algo más misterioso. Todavía siendo un viejo zorro, hacia suyo el lema de: más sabe el viejo por serlo que por zorro, o era algo así. Nunca se acordaría realmente cómo era en realidad, pero él y su cabezota se entendían muy bien.

Cambió de canal y en el televisor de 4K proyectaban la película "la noche de los muertos vivientes" en blanco y negro. Solo Dios llevaba el cálculo de las veces que la habían emitido y de otras tantas veces que se había resistido a ver el final. Sus ojos, aunque abstraídos en la película, parecían mirar al mismo tiempo, otra pantalla en la que se proyectaba el rostro de aquella chica y su voz rebotaba dentro de su

cabeza como el propio corazón. Tan fuerte y sutil a la vez.

Tengo algo que decirle al respecto de Peter Bray, había llegado a decir en una ocasión esa belleza de ojos azules. Y había más; tengo algo de él.

—¿Tienes algo de él que su prometida Ann no tuviera? —preguntó a la pantalla del televisor. En sus pies estirados sobre una alfombra gris a cuadros no había latas vacías que rechinaban como los dientes.

Esperó una respuesta y ésta nunca llegó.

Tan misteriosa. Tan extraña.

Tenía la intención de llamar por teléfono a Ann, o mejor aún, visitarla al día siguiente.

Sí, eso haría.

8

Al día siguiente todo parecía igual. Kenai estaba ya como un tentempié amoratado e hinchado en el anatómico forense y sobre la mesa de Kendall había muchas preguntas sin respuesta, en forma de fotografías y párrafos alineados como buenas hormigas en pleno final de primavera.

Sus ojos se habían clavado sobre ellos.

—¡Lameculos, ven aquí! —exclamó el sheriff mientras sus manos estaban reposando sobre la superficie rugosa de la mesa. Sus labios parecían dos lombrices retorciéndose y tenía una ceja en alto. Ahora miró por el hueco de la puerta abierta de su despacho.

Adam respondió ante las risillas de los demás.

—Sí, señor.

Y se levantó de su silla como si una descarga eléctrica le hubiera atravesado los glúteos. Horadó el hueco de la puerta dando extraños saltitos de un perfecto idiota y le mostró a su jefe su estupenda sonrisa con los pómulos tan rojos como dos tomates de los gordos.

—Eso es. Te llamo lameculos y vienes dando zancadas como una rana. Me gustan los idiotas y que me la chupen. Y ahora sin más preámbulos. ¿Puedes decirme donde narices está el informe de los resultados de ese jodido crucifijo? —El puño de Kendall se estampó sobre una pila de papeles por lo que el ruido sonó casi sordo. Sin ánimos de despertar a la araña que dormitaba en el techo, en una esquina, toda acurrucada.

—Todavía no han contestado, señor —acució su ayudante con un brillo de sudor en su frente—. Si quiere, voy a llamarles para que me den las oportunas explicaciones...

—Aquí las órdenes las doy yo —sesgó Kendall

—Lo sé, señor Kendall.

—Capullo —suspiró el sheriff fijándose en la barbarie que mostraba su mesa toda desordenada. Hasta había polvo en algunos documentos, pero no brillaban como la nieve bajo las farolas de la calle.

Eso no.

—Regreso en un momento, señor.

—Sí, hazlo bien rápido. Que se te vea ese culito de mierda. Y cierra la puerta al salir. Me dan náuseas, el aliento de todos vosotros —casi gritó, refiriéndose con una mano ahuecada junto a sus labios mientras sus pulmones se hinchaban más de lo normal.

Y la puerta tintineó porque era de cristal opaco, eso sí.

9

Aquellos ojos miraban al espejo y ese objeto le miraba a él de cuerpo entero. Esmirriado, convulso o quizá esbelto y musculoso, lo cierto es que aquella chaveta no estaba indicada para discernir la realidad. Cerró los ojos y empujo con los talones apoyados en el suelo, la silla de ruedas que le hizo girar por todo el mundo. Él, o ella, no esbozaron ninguna sonrisa.

Ningún aprecio a la vida.

10

Burt Duchamp apareció por allí por la mañana temprano, y todavía nevaba sobre sus hombros y las chepas de las casas de Boad Hill. El camino hacia el hostal Hillover estaba marcado con ciertas pisadas que parecían estar dispuestas a modo de escalones. Como si alguien las hubiera estampado con unos zapatos vacíos a modo de guía de retorno por si se perdía en el largo camino.

Sus nudillos hicieron eco en la madera de la habitación que daba a la intemperie, es decir, la explanada que era la antesala de todas las habitaciones que se desplegaban como tanques alineados en una esquina, al fondo de la patrulla.

—¿Quién es?

La voz sonó un poco trémula.

—El servicio de limpieza.

—¡Ah! Perdone. No sabía que venía tan temprano —acusó la voz desde el otro lado de la puerta.

—Mujer, que me estoy congelando las pelotas —jaleó Burt con su socarrona sonrisa. Un ojo deformado por las lentes, lo observó desde la mirilla por la parte interior.

—Eres tú.

—No. Soy tu padre.

Burt honestamente se había regalado las premisas para abrirse en canal ante ella. Se mostraba tal como era. No había trampas. Esa chica le había caído bien y en el fondo sabía que había una buena persona. Lo que no sabía, es qué puñetas le quiso decir con aquello de que también lo tenía.

¿Qué tenía?

—Vaya. Veo que ha cambiado la mala leche por un toque de humor —resaltó ella mientras se ponía la bata a toda prisa. Era de color rosa —. En el libro de Peter Bray no sale usted muy bien parado que digamos, pero la edad cambia a las personas.

Burt gruñó como un perro bajo la nieve que caía sin fuerza, pero constante.

—Gracias, mujer.

La puerta se hizo boca grande y el chirrido de las bisagras era lo peor de todo.

—Vaya. Deben estar oxidadas —dijo ella sonriendo.

—Parece la puerta del castillo de un vampiro de Salem —acució él y añadió—. ¿Puedo pasar? Aquí fuera hace un frío de cojones...

—Sí, sí. Pase, señor Burt. No se quede ahí quieto —le cortó ella con voz melosa. Lo cogió del brazo con mucha confianza y tiró de él con suavidad—. Tenga cuidado con el escalón.

—Oh, vaya. Nunca supe que estas habitaciones tuvieran un jodido escalón si están a ras del pasillo. —Burt admiró aquel detalle, pero no se rio.

—Pues ya ve. Es extraño, pero es lo que hay.

La puerta se cerró con un nuevo gemido a sus espaldas y golpeó el marco con un toque seco. Nada vibró, pero había sido la fuerza del viento la que había ayudado a mover las bisagras aviesas.

—Cosas más raras he visto —dijo Burt mientras se frotaba las manos—. Nunca me gustó la nieve —resopló.

—A mí me encanta —acució ella con una hilera de dientes brillando como la propia nieve—. ¿Llamo al servicio por si quiere un café o algo que usted desee?

Él levantó la mano. Sus ojos buscaban frenéticamente una silla.

—Solo quiero sentarme. Me duele la espalda.

Ella corrió hacia la silla que estaba oculta tras el borde de la cama, y debajo de unas cortinas color verde. Aquel color era nefasto en aquella habitación con sabanas amarillentas. Extendió su mano alargada y la agarró por la parte superior. Al arrastrarla, lloró como las bisagras.

—Vaya. Aquí todo hace ruido —anunció ella ciertamente ruborizada.

—Sí, es normal. En este cuchitril nunca he estado, pero puedo recomendarte algo mejor...

—No tengo mucho dinero —prorrumpió ella ya al lado de él con la silla amordazada.

—Yo te ayudaré en eso.

—No es necesario...

—Hazme caso. Has llegado a este maldito lugar preguntando por algo que me ha hecho que pensar y creo que tienes algún secreto que contarme. Lo hago por Peter, chica.

Yarely mostró de nuevo sus bonitos dientes.

Él tomó asiento con un resuello.

—Y bien. Ya estás aquí. Suéltalo —dijo ella en el mismo momento que le tomó de la mano. La tenía helada. Ella, cálida y fue una bendición para Burt quien se sintió arropado, y en cierta medida, querido de una forma muy especial. No la conocía de nada y había decidido ir a visitarla. No la conocía y sabía que algo tenía que mostrarle.

Ella dejó de oprimir su mano y mientras sus dedos se deslizaban en las rugosas de él dijo:

—Sabes que tengo algo.

Él giró el cuello como lo hace un búho. Sus ojos estaban abiertos, demasiado. Su corazón golpeó el esternón y algo empezó a pugnar en sus sienes. No tenía miedo, sino una sensación de ahogo. Como si lo hubiera pillado desprevenido comiendo chocolate con la cara llena de aquel caco oscuro.

—No sé a lo que te refieres.

Ella le pasó la mano por el hombro y se situó tras él, y fue entonces cuando empujó. Vio miles de puntos blancos y después una espesura como la boca de un lobo. Todo negro y sin estrellas. Después lo vio. Él estaba frente a Peter Bray cuando el asesino yacía flotando en su propio charco de sangre. Y Peter Bray estaba allí. Con sus ojos dilatados. Casi abyectos y la frente sudorosa. Momentos antes o quizás, horas, le había visto al asesino. Él también empujaba y veía.

Ella lo hacía quizás mejor.

Solo quizás.

—Tú puedes saber algo porque lo lees en un informe. Piensas y deduces. Sacas hipótesis. Yo en cambio puedo ver...

—¿Acaso creías que te tenía por una ciega? —inquirió Burt ladeándose como una goma endeble. Sus dientes macilentos brillaron torpemente bajo la mezquina luz de aquella habitación—. No quiero que me malinterpretes chica.

—No es eso. Sé que no piensas eso. Y sé que crees en Peter Bray...

—¡Lo demostró! —exclamó jubiloso Burt. Aquella sonrisa no se apagaba ni de lejos—. Y como dices, crees que yo sospecho algo.

—¿Qué soy como Peter Bray? —Yarely casi se pone con los brazos en jarra, pero en lugar de eso rodeó la silla y se puso frente a él—. Poseo el mismo don Burt. Veo cosas que los demás no ven. Veo todo lo que Peter se propuso ver. Veo, veo, veo.

Estaba jaleando delante de él. Sus manos parecían aspas de molino. Una trazada aquí y otra trayectoria allá. Zas, cortaba el aire nítidamente cálido allí dentro.

Burt Duchamp creyó ver a Dios.

—Lo sabía —dijo con júbilo Burt.

11

—No tienen huellas —afirmó Enzo con cara seria, y en ese momento lanzó una carpeta sobre la mesa de Kendall, probablemente, tomándose cierta confianza por su parte. El sonido al aterrizar sobre los montones de papeles y carpetas fue como el aterrizaje de un puñado de mosquitos.

El sheriff arqueó una ceja.

—Mierda. Esto se parece a una novela barata de esa que dicen que venden millones de ejemplares cuando no las lee ni su puñetera madre. Se supone que por alguno u otro motivo, nadie está exento de nada, es decir, no existe el crimen perfecto. Aquel crucifijo debía llevarlo alguien digo yo. La unidad científica debe haber descubierto algo más que mierda, puñetas —espetó Kendall. Su puño derecho estaba cerrado y a punto de bailar como un péndulo en diagonal, mientras que la otra mano estaba laxa sobre los papeles. Después de esto, reinó el silencio en el despacho y ya ni siquiera se escuchaba el característico zumbido de los fluorescentes, porque ahora, las luces eran de Led.

—Todos los detalles están en el informe, señor.

—Ya. Y tú lo lanzas contra mi mesa como si también fuera tuya. ¡Ahí va, que el jefe se ríe conmigo! Tonto del culo.

Sus frenéticas palabras rebotaban en las paredes y a juzgar por las miradas de los que estaban fuera, en la comisaria, con el cuello doblado, todos eran partícipes de la bronca.

—Lo siento, señor. Ha sido un error.

—Siempre me dices lo mismo. ¿Sabes? Un día te meteré mi revolver por el culo y tú gemirás de placer, ¿verdad?

Enzo se tornó pálido.

Y por la puerta, como un vendaval con voz propia, entró la lujuria de una carcajada con tos productiva incluida.

Era Adam Cox.

12

—¿Sabes una cosa?

Aquella voz era casi atronadora en la oscura habitación. Tenía las luces apagadas y las velas humeando bajo su gran soplo de aire. Y amaba los harapos tirados por el suelo porque andaba descalzo sobre ellos. Reconocía cada rincón y los lugares por donde pisaban sus preciadas ratas de ojos destellantes. Amaba la oscuridad y la muerte. Y reflexionaba, si es que aquello era honestamente bueno, sobre la muerte y el sexo.

Y amaba el dolor.

—Serás capullo. Te tuviste que morir de un infarto. Miedica. No sabes cuánto hubiera disfrutado contigo imbécil. Eres escoria. No sirves para sentir el dolor, ni ver el odio en mis ojos. Te arrebató el miedo y tu corazón explotó como un mísero globo lleno de agua. Si, como si cientos de agujas estuvieran rodeándolo. Vaya mierda, pero encontraré la que será mi primera inspiración, porque tú, para mí, no eres nada. Ya no formas parte de mi juego.

Levantó sus manos apoyándose en la pared y colocó su frente en ella. Apretando y apretando. Entre la superficie áspera y su piel había un clavo. Un hilo de sangre brotó en medio de la nada. Sola. En la oscuridad sin poder ser contemplada con color precioso del rojo seda, pero podía escuchar su deslizamiento por la pared hacia abajo, como la baba de un caracol.

Y apretó más su cabeza contra el clavo, y empezó a chillar en medio del espantoso dolor que lo transportaba al éxtasis corpóreo y mental.

Disfrutaba y sentía como algo chorreaba entre sus piernas. Y la espesura del negro que reinaba en una habitación cerrada a cal y canto, lo devoró con hastiado desdén.

13

—¿Cómo narices podéis unos cuantos tener ese don? —preguntó Burt aquejado desde la silla. Le dolían las rodillas y sus manos se agarraban a ellas con ansiedad—. ¿Estamos hablando de lo mismo entre vosotros? Hasta Ann, su amada terminó teniendo ese poder.

Yarely estaba sentada en el borde de la cama. En el fondo, el sonido de un destartalado televisor, sosegaba el aire cuando alguien gritaba como las gallinas porque entra el zorro en su cuarto. Por difícil que parezca había veces en que los gritos eran de pleno derecho, susurros amortiguados que transmitían calma.

—Eso no lo sé exactamente. Yo descubrí la historia de Peter a

través de su libro y rápidamente me sentí identificada con él, porque ambos teníamos las mismas experiencias. No me refiero a leer la mente de los difuntos, sino que había algo en mí que hacía que entrara en un universo oscuro del que después podía ver cosas. Una vez, cuando yo tenía ocho o nueve años, recuerdo que estaba jugando en un parque con otras niñas y también niños. Uno de ellos se llamaba Steve, y era un gigantón para su edad. Llevaba unas gafas enormes como su cara y aún así no podía ver bien las cosas. Yo pasaba largos ratos con él hablando de cosas sin sentido. Ese niño tenía una fantasía desbordada en su cabeza. Pero eso me gustaba estar junto a él, porque me entretenía cuando contaba sus batallas, fielmente narradas con todo lujo de detalles. Y en prácticamente todas sus locuras se ponía a bailar, saltaba y caminaba como un pato imitando a sus personajes. Un día, en el patio del colegio, cuando nos sentamos sobre un muro de no más de medio metro, me contó algo. Otra de sus historias. Pero esta vez estaba tan absorto que no veía el suelo. A un metro de nosotros había una zanja recubierta de hierba tan verde como algunos ojos bellos. Yo miraba ese terreno peligroso, pero él hacia aspavientos con las manos causando un efecto de brisa en mi cabello largo. Es decir, casi me da un golpe en la cara, cuando de forma súbita le agarré la mano en lugar de ladear mi cabeza. Fue un momento aterrador al principio y algo que desconocía. Quise chillar de miedo, pero no pude hacerlo. Yo creía que me estaba ahogando pues se me hizo un nudo en la garganta y no podía tragar saliva. El cielo, que era azul en aquel momento, se volvió blanquecino, casi blancuzco y después, negro. Mi corazón se aceleró tanto que apreté mi mano contra la suya. Y vi algo. Era amor. Lo vi a él mirándome fijamente desde todos los ángulos de nuestra clase y al salir del colegio. Escuche su voz diciendo que me quería. Era su misma voz, y sus ojos castaños como las avellanas se habían clavado en mí. Él estaba escondido al final del pasillo y seguí escuchando cosas. Decía algo así como: ¿Cómo puedo decírselo? Escuché esa pregunta. Y después vi su rostro sonrojado cuando me vio con pantalones cortos en clase de gimnasia. Escuché su respiración y esa sensación de hormigueo que él sentía adentro, se trasladó en mi interior. Y entonces supe con certeza que yo le gustaba y que siempre estaría allí observándome, pero sin atreverse a decírmelo. Su voz y la imagen de su rostro desaparecieron de golpe y fue cuando me di cuenta de que le había soltado la mano. Lo miré a los ojos y le dije que si sentía algo por mí. Él se quedó helado y tras su agitada respiración, cuando pudo hablar, me preguntó cómo lo sabía. No le dije nada. No sé para qué te cuento estas tonterías. —Tras la perorata Yarely movió la cabeza a ambos lados de sus hombros como si siguiera el ritmo de una veleta.

Burt la contempló embobado.

—Es interesante —dijo él—. Es la zona muerta.

—Sí.

—Peter me habló tanto de ello, que hasta una vez creí tener una experiencia de estas —explicó Burt moviendo la cabeza como si estuviera sujeta por un muelle—. Al jubilarme me sentí solo. Muy solo. De modo que adopté a un perro. No recuerdo la raza, pero el cabrón era inteligente. Siii, ya lo creo, demasiado inteligente. Se despertaba para acompañarme todas las jodidas noches en la que la próstata me pedía a gritos que fuera al lavabo. Si yo me quejaba, Danny, que así lo llamé, orientaba sus largas orejas como dos antenas al tiempo que parecía llorar de dolor. En el fondo creo que lo que sentía era verdad. La única pura verdad que he visto en mi puñetera vida. Sus ojos oscuros brillaban de noche y su lengua se restregaba por mi mano hasta que yo soltaba la última gota de una insufrible meada. Hay que joderse. Entonces yo le decía, chico, ya está. Esto ya ha terminado y el bandido me daba la pata. Llegaba hasta mi pecho y una de esas noches le cogí es pata tan limpia con mis propias manos. Sentí un ligero mareo y creí sentir su amor por mí. Era como si pensara como yo mismo lo hacía. Esos animales, y todos. —Levantó el dedo índice para señalar alguna parte del techo—. Tienen ese don que tú no ves. Bueno, no es tu caso, pero si para la mayoría de los mortales, supongo yo. Me miró y me dio un lametazo lleno de baba en todos los morros, es decir, mis labios. El muy hijo de puta se murió al día siguiente de un infarto y fue en ese momento cuando entendí que esa mancha negra que vi, era su final. Hay que joderse. Todavía lo echo de menos.

Burt emocionado, dejó escapar una lágrima que rodó literalmente sobre su rostro hasta el mentón. Sus ojos brillaron y se inundaron de agua salada. No sentía vergüenza de mostrarse así ante aquella chica.

—Oh, Burt. Cuanto lo siento —acució ella visiblemente consternada. Se puso de rodillas frente a él, tocándole de nuevo las manos. Sujetándoselas. Agarrándoselas. Y sintiendo como la zona muerta daba paso a ese día en la que sufrió de dolor y de pena. Era como ver una película dentro de ti.

Era normal en ese regreso del frío invierno.

14

—Oye Billy. Quiero saber si además de no tener huellas del crucifijo tienes otra mala noticia que darme al respecto. —La voz de Kendall era socarrona y parecía iluminarse bajo el oscuro cielo, un rictus que no paraba de crecer, como una interminable carretera allá a lo lejos donde uno ya ni era capaz de ver.

Hubo un repentino silencio y después, un chascarrido en la comunicación. Y el sheriff se preguntó por qué puñetas seguían escuchándose esos lujuriosos ruidos en una comunicación cifrada y digital. Esperó pacientemente y una voz áspera contestó al otro lado de la línea móvil.

—No es una mala noticia, pero puedo decirte una cosa segura.

—Escupe o te atragantarás.

—Ese crucifijo era de la propia víctima. Había mucho ADN en su estructura.

—Oh, mira que bien ha sonado eso. En su estructura. Querrás decir que abras encontrado algo de sudor en la cadena o en la cruz. Eso es obvio teniendo en cuenta de que si realmente era suyo, la debería llevar colgando sobre su pecho como si lo estuviera amamantando. ¿Estoy equivocado señor, Billy?

—¿Cómo ha sabido lo del sudor?

—No. Por nada. Solo llevo investigando casos casi veinte años. Desde que llegué a Boad Hill, es decir, los últimos cinco años, no había visto ni una jodida gota de sangre en una uña. Me trasladaron de Nueva York. Allí sí que he aprendido cosas.

—Oh, claro. Eso está bien. Boad Hill ya es una ciudad, pero como tal, lo es bastante tranquila. ¿No prefiere esto?

—Pues no sabría que decirle. ¿Por qué no se corta el cuello y animamos más las cosas?

Y colgó.

Kendal miró al cielo que estaba entre el universo y la nieve que fluía lentamente, pero no le pareció bello.

Billy, en su laboratorio de análisis de muestras dijo:

—Que carácter más odioso tiene este hombre.

Y siguió mirando su teléfono móvil como si allí hubiera algo interesante que ver, pero no, no lo había. Salvo la luz de la pantalla que moría hasta su extinción.

15

La verdad es que pinta de un hogar no tenía. ¿Por qué todos los tipos perturbados viven en sótanos hechos a bocados debajo de una cabaña? Es una mera coincidencia en que todas las historias siempre llevaban al escritor a crear ese ambiente. Ese perfil quizá equivocado, porque los asesinos también dormían en casas lujosas y en yates y enseñaban el culo al grupo de tías o tíos buenos, antes de tirarse de cabeza al agua desde la proa. Pero no, esas cosas estaban destinadas a los libros eróticos. ¿Y por qué los asesinos en serie siempre están flipando con su obra? También los había en las grandes corporaciones

y en los gobiernos, unos más locos que otros, y también por qué no, estaban ellas. Las criadas malvadas. Las esposas insatisfechas o las enfermeras piradas. Pero Malik Young no era ninguna de esas cosas, es decir, no encajaba en ningún sitio. Al menos de momento.

Era quizá, el sirviente que tuvo Drácula y que se había reencarnado en alguien decente en un tiempo en el que iba a la universidad y tenía novia.

Solo quizá.

Lo cierto es que era extremadamente poderoso, bueno, inteligente, pero actuaba en consecuencia de lo que le pedía ella.

Si, ella.

16

Yarely se había vestido con un pantalón vaquero casi grisáceo, y no, no era el típico azul de siempre. Una camisa de algodón blanco y un jersey de lana, rosa. Sobre toda esa ropa se había enfundado la chaqueta de color beis. Sin necesidad de maquillarse, Burt la vio bella, y pensó:

¿Qué pasa Burt Duchamp? ¿Estás viejo? Tú también has tenido una cara así cuando eras joven, oh si claro, siempre fuimos jóvenes. Siempre.

Y la nostalgia lo cubría como una manta.

—Quiero hablar de ese asesinato —dijo ella antes de abrir la puerta abombada. Sus ojos le pedían con un destello de Dios, que le contara lo que ya sabía.

Burt arrugo las cejas al abrir la boca.

—Bueno. No puedo ocultarte nada. Me darás la mano. Entrarás en trance y leerás toda la mierda que tengo metida en mis sesos. De modo que sí. Te lo voy a contar. Ya sabes que el zorro pierde el pelo, pero no el vicio. He estado escuchando las comunicaciones de los intercomunicadores de la policía, aunque ahora utilizan más el jodido teléfono móvil para según qué ciertas cosas, pero he descubierto algo. La víctima tenía un crucifijo metido en el ano, y no tienen huellas. Si quieres te digo su nombre...

—No hace falta —intervino como una cuchilla cayéndose en forma diagonal. Eso bastó para cortar las palabras del viejo—. Quiero entrar en el asunto.

—¿Qué?

—Siento algo dentro de mí que me dice que este no va a ser el único caso.

—Me lo suponía.

—Quiero participar.

Los ojos de ella se abrieron como dos soles y los de él, se cerraron.

Hacía frío.

Mucho frío con la puerta abierta.

17

El segundo cadáver apareció en las proximidades del lago LakeHill, pero a la vez a una distancia prudente de la cabaña del tío TOM. Era el tipo de solitario lobo que se pasaba todo el día mascando tabaco, escupiendo bolas negras y maldiciendo a la vida. Y al igual que a Burt, los años no habían pasado de puntilla y se notaba en su rugoso rostro como el tronco de un roble europeo. Su cuerpo desgarbado y encorvado no le impedía, eso sí, salir a mear al lago y reírse de la nieve que le cubría su fláccido pene, pero aquel día se vio algo más que esa cosita.

—Joder. ¿Qué es eso? ¿Quién diablos ha estampado esa cruz en el camino?

Con su mirada desviada hacia su lado derecho, vio el destello de una gran cruz metalizada, de plata, que se resistía a ser cubierta de nieve. Y Dios la observó desde el cielo con obstinada furia. Un rayo cruzó el cielo negruzco y atormentado.

Se la sacudió. Una gota amarillenta le manchó el pantalón vaquero y cerró la cremallera ligeramente, nervioso. Giró sobre sus talones y comenzó a andar a la vez que escupía al suelo. Aquella masa oscura tenía tanto calor que derretía la estampa de la nieve de Navidad. Sus pisadas se quedaban grabadas para siempre.

—¿Tenemos un nuevo pastor en Boad Hill? Joder, cuanto los odio.

Y siguió caminando machacando y mordiendo con sus botas, la nieve que quedaba aplastada aún a pesar de que le podían llamar TOM pies de pluma. Rebuscó en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó al viento de ese mediodía destemplado, su teléfono móvil ennegrecido.

Y a pesar de que solo veía la punta de la cruz extenuante, sabía que tenía que llamar a Burt.

Porque algo en su interior le decía que abajo del todo. En el mismísimo infierno blanco. Había algo.

18

Con las piernas sobre la mesa como un vaquero tomando el sol con su sombrero y un cigarrillo colgando de unos labios secos, Kendall demostraba así su supremacía y talante en la comisaria que dirigía a

dentelladas. En realidad no tenía ningún cigarrillo en sus labios, pero si un bolígrafo que rodaba entre los dientes como un tren descarrilando de unas vías tortuosas.

Y en su mente pasaban inadvertidas, miles de imágenes que se difuminaban como el polvo, pero solo se estancaba la del crucifijo dentro del culo de aquel pobre desgraciado, y no. No se reía por ello. Su carácter agrio y tosco le invitaba a arquear sus cejas pobladas y mostrar la cara de sabiondos que sabía poner. En Nueva York he aprendido muchas cosas, chicos, así que todos a mis pies, pensaba, y esa voz, rebotaba en todas las esquinas en el interior de su cráneo.

Todavía no sabía nada de la segunda víctima.

Parecía estar cabreado con la vida misma.

Sin un hilo del que tirar por ahora.

19

—¿Burt, eres tú? —preguntó la voz. Sonaba áspera, rasgada y rota. Envuelta, viajaba el sonido del viento.

—Me has llamado tú. Así que sabrás a quién has llamado, capullo. —Burt conservaba su peculiar forma de hablar. El teléfono móvil pegado como una caracola gigante, en su oreja.

Yarely mirándole con los ojos fijos.

—Jajajaja. Viejo estúpido. ¿No me reconoces? Con decirte que soy el de la cabaña del lago, ¿te refresca la memoria?

—Ohhh, ahora, siiii. Viejo Tom. Pensé que te habías muerto. Por curiosidad. ¿Cuántos te han caído encima?

—Noventa, hijo de puta. Noventa losas.

—Jajajaja.

Yarely escuchaba, pero no entendía nada y tuvo la irrefrenable idea de cogerle de la mano y empujar dentro de él. De momento la telepatía no iba con ella. Para ello uno debía estar mejor preparado, y ella sencillamente tenía otro don, y si, estaba preparada para ello de todas formas.

No lo cogió de la mano.

—Estoy delante de una cruz de medio metro de altura. Alguien la ha plantado en mis proximidades y me parece algo extraño. ¿Qué piensas de esto? Quería que lo supieras tú primero. El tipo nuevo. Ese sheriff de ciudad me cae como una pata en el culo.

—¿Una cruz? Joder, que falta de fe hay en esta jodida ciudad. Será propaganda. Ya sabes. Para llamar la atención. Cada día se le ocurre a algún idiota algo nuevo para impresionar.

Tom movió su bota hasta la base de la cruz, y sin quererlo o si, le dio un golpecito, momento en el cual descubrió con expectación que

la cruz se doblaba hacia atrás y rebotaba en una pared oculta. Invisible. Y la cruz volvía a su estado normal como si una fuerza magnética la atrajera al cuerpo del viejo.

—Puñetas. Le he dado un puntapié a la cruz y no se ha caído. Es como si estuviera clavada en una bola de goma.

—¿No jodas?

Yarely estaba desconcertada con ese tipo de lenguaje, pero su mirada seguía intacta. Arañando los labios de Burt tratando de leérselos.

—Pues sí que es jodido, porque creo que hay algo bajo la nieve. Mierda, que frío hace.

—¿Hay algo debajo?

Tom movió su pie en dirección al montículo que descansaba a los pies de la cruz y empujó con la puntera de la bota. Aquel calzado parecía morder la nieve y restregándola con ella descubrió algo que le dejó asombrado.

Estupefacto.

—Oh, Dios. Sí que lo hay sí.

—Puñetas, no me tengas en ascuas. Dime algo coherente.

Eso mismo pensaba ella y otra vez más tuvo la certeza de que si le tocara la mano sabría que diantres estaban hablando, pero no lo hizo. Eso sería algo fuera de lugar y una no iba de lagarta por la vida. El cabello largo de Burt ondeaba al viento como unos alambres delante de la hélice de un avión de combate de antaño.

Tom estaba jadeando en el otro extremo de la comunicación y ahora, ya respiraba con un resuello que emitía un ruido que cabalgaba sobre el sonido del viento. Una densa capa de niebla le rodeó como el humo de un incendio.

—Es una mano Burt. Es una jodida mano que está más tiesa que el palo de un gallinero. Tiene un anillo y los dedos están verduzcos. ¿Qué hago?

—¡Quédate ahí! Mejor, regresa a tu cabaña y espérame que yo llegaré pronto, bueno, si el maldito Ford arranca y no me pilla la policía de tráfico.

—Está bien hermano —jaleó Tom mordiéndose los labios helados. Aquello no tenía ni pizca de gracia. Ahí abajo había alguien enterrado como un perro.

Regresó a su cabaña y colgó.

—¿Quién te ha llamado? ¿Qué ha sucedido para que tengas esa cara? —preguntó ella. Sus ojos desafiaban a la nieve que caía con fuerza al suelo, y de vez en cuando, en sus pómulos.

Burt se limitó a gruñir.

Kendall Collins estaba mirando al cielo oscuro. Los nubarrones parecían hacerle burlas grotescas y escupían proyectiles blancos hacia su cara. La racha del viento venía de Este, y sus brazos estaban en jarra. La chaqueta marrón con la estrella de cinco puntas relucía esa mañana, pero no así su sonrisa. Ésta no existía. Sus ojos clavados ocultaban lo que pensaba a viva voz. Era como si alguien como él, un gemelo, le estuviera susurrando al oído.

Oh, Kendall, no tienes nada. Quizá sea un accidente. Quizá hay un loco suelto, pero no así perros babeantes y hambrientos, ¿verdad? No tienes huellas y además, la muerte no fue violenta, pero, oh, sí, el crucifijo en el culo, oh, sí, jajaja

Y fruncía el ceño apesadumbrado.

21

—Tengo que ir chica —dijo Burt casi consternado si venir a cuento.

Yarely estaba preparada para hacer lo que fuera. Su corazón era un volcán en erupción en esos momentos y había visto en los ojos de él, que algo se traía entre manos. En la distancia empujó como Danny Torrance y lo consiguió. Al principio era como un nido de avispas cabreadas, pero después esa sensación de hormigueo en su cara aparecía de forma repentina sin tener que sudar en ningún momento. Burt la miró de reojo pensando—verás como me lee la mente—, aquello que siempre sospecho que Peter Bray podía hacer y nunca lo dijo. Ella tenía los ojos abiertos, pero congelados en sus cuencas y el corazón cada vez más acelerado porque ahora escuchaba voces. Muchas. Y le leyó la mente.

—Ha aparecido otro cadáver, ¿verdad?

Burt la miró como antes, pero con más intensidad.

—¿Y qué podría ocultarte yo?

No dijo nada más.

Ella comprendió.

22

Yacía sobre las ropas rotas y las mantas maltrechas dentro de la oscuridad, pero ahora vislumbraba sombras alargadas porque había encendido unas dos velas, cuyas llamas parecían bailar al son de una música tétrica y espantosa. Y esas sombras parecían acariciarle el torso desnudo, quizá sus pechos, quizá su tórax. Algo carnoso se

arrastraba por el suelo por el cual durante la noche anterior, dos ratas la habían cruzado caminando como si nada, mientras eso estaba fuera.

Buscando el frío y la sangre.

23

—Iré a casa a buscar mi coche. Espérame aquí mujer —explicó Burt moviendo las manos de forma muy activa. El viento le rascaba el cogote y el frío le terminaba de peinar con sus dedos helados.

—No hace falta —acució ella—. Yo tengo coche.

—Insisto. Mi coche es viejo, pero todavía funciona. Ya sabes, petardea y esas cosas, pero va.

—Mira mi coche. —Señaló ella con los ojos muy abiertos. En esos momentos Burt no apartó la vista de su color azulado, e incluso gris. O una mezcla de ambos. Ya no era tan joven para fijarse en estas cosas, pero sabía admitir que tenía delante a una bella mujer joven y viva. Después de un rato giró el cuello como si lo hiciera sobre un montón de arena y vio un Ford color broncíneo cuya capa de nieve no podía atrapar el destello de la pintura brillante.

—Un coche muy bonito, pero estamos discutiendo algo tonto, mientras el capullo del sheriff podría enterarse y llegar primero allí.

—No lo hará —ladró ella sin querer anotar un semitono más alto en su voz aguda—. Ese hombre. Tu amigo Tom no va a llamar a la policía.

A Burt se le congelaron los latidos como una roca.

—¿Puedes leer la bondad y decisión de una persona a larga distancia? ¿O se llama, precognición?

—Es telequinesis. Lo he leído en ti, bobo —y le tocó con su índice el pecho a Burt. Este casi se giró por la fuerza de ella. Era como si lo hubiera derribado una bola pesada y él fuera, el bolo.

—Sí. Sé lo que es. Peter Bray carecía de ello, pero lo pensé varias veces, porque tenía un don muy raro.

—Pero tú no piensas que yo soy rara.

—No.

—Eso está bien.

—Bueno, dejemos este asunto y vayamos rápido al lugar. No para de nevar y quiero meter mis narices en este asunto. Sé que me costará algún disgusto, pero necesito hacerlo. Creo que algo maligno ha regresado a Boad Hill.

—Sí. Eso parece. Vayamos a comprobarlo.

Y ella lo llevó de la mano hacia su Ford Ka Ecosport. Abrieron un surco de doce metros y sus huellas fueron embellecidas con un suave tapiz blanco.

24

Kendall entró de nuevo a la comisaria y un chorro de aire caliente lo recibió con los brazos abiertos, abrazándolo con suma inquietud y arrogancia. El aire estaba empalagoso, pero al fin y al cabo, le quitaba el frío, aunque él, no era uno de esos tipos que estuvieran tiritando a cero grados. Sin embargo, agradecía el calor. Sus hombres no levantaron la cabeza y en algunas sillas había personajes peculiares declarando a un agente. Aquellas mujeres tenían el cabello deslavazado y los yonkis titilaban sobre la mesa mientras mostraban sus macilentos dientes al tratar de explicar una historia absurda.

Era una jornada laboral de lo más normal, en donde no había disparos o navajazos. Por el momento, Boad Hill parecía tranquilo, hasta que le sonara el teléfono de nuevo.

Hasta que el jodido móvil berreara en su bolsillo.

25

Tomaron el trayecto más corto. Un atajo en la que debían cruzar un puente algo estropeado por el paso del tiempo. Se decía que no soportaba el peso de los coches y por ello había sido cortado por una débil baranda. Después, alguien la había tirado al río que cruzaba el puente por debajo y muchos fueron los vehículos que lo cruzaron sin que sucediera nada por el momento. El Ford broncíneo apoyó sus dos ruedas delanteras en el primer tablón que crujió de mala gana. La nieve amortiguaba el ruido, pero más adelante, el temporal había desaparecido porque estaba cubierto por un techo de madera. Las cuatro ruedas corrían sobre las tablas que parecían saltar y moverse cada vez que avanzaba unos milímetros.

—Uf, esto sí que no me lo esperaba. Un puente que está a punto de derrumbarse. No sé si acelerar o bajar la marcha. Esto me da miedo —admitió Yarely mientras agarraba el volante con las dos manos. Si se cae al río, me agarro al volante con más fuerza, pensó.

—Tranquila mujer. Solo son unos diez metros de pura suerte —dijo Burt con la voz de un crío rebelde y travieso. Sus ojos brillaban en el interior de las ojeras dilatadas y descolgadas.

Ella se rio un poco.

Al final el coche atravesó el puente sin más problemas y torció a la derecha cogiendo otro atajo a través del bosque. La carretera de tierra solo tenía una pizca de nieve sobre ella. Las copas de los Fresnos impedían, que por el momento, la nieve fraguase allí.

Y ella pensó que ni el sol en primavera podría estar allí abajo del

todo. Siguieron avanzando ahora algo más rápido. Mientras por el tubo de escape no salía ninguna nube azul, sino un leve vaho cuya forma parecía el aliento helado cuando hablaban.

—Oh, sí. Tenía usted razón. Es más pensarlo que cruzarlo —se animó ella y su sonrisa iluminó su rostro. Burt iba agarrado al cinturón de seguridad porque ella le había obligado a ponérselo a regañadientes.

Él, nunca lo utilizaba.

—Y ahora continúa esta carretera hasta el lago. Verás agua evidentemente, pero desde la lejanía.

—Uhhmmm. Está bien.

La cabeza de Yarely botó sobre su cuello. Tenía la gorra bajada y pegada a su espalda como una joroba interesante de ver.

El viento aulló fuera de las ventanillas del Ford y ella tuvo que subir el volumen de la música. Era una de esos relajantes que parece que iba con armonía hacia su destino, como en el principio de una película.

Unos diez minutos más tarde vieron brillar como diamantes puros, las aguas cristalinas del lago. Y antes que eso, se vio una silueta mezquina en medio de la nada.

Redujo la marcha y se acercó suavemente, como si el vehículo fuera un gran gatazo a punto de cazar a su presa.

—Puedes aligerar un poco más si quieres. No quiero que esos sabuesos me estropeen la comida —rezongó Burt.

—Está bien.

Ella pisó el acelerador.

26

—¿Por qué las cosas más triviales son poca cosa para mí? —Se preguntó aquella voz en medio de las sombras alargadas y añadió—. El dolor. Eso sí que me excita. Mamá, ¿por qué haces eso conmigo?

Sin duda alguna estaba delirando, y una mano de largos dedos acaricio un rostro inexistente, quizá áspero, quizá suave. Solo esa cosa sabía qué era.

27

El vehículo lamió la nieve en círculo y bordeo el tembloroso cuerpo de Tom. Éste los miraba con ojos aviesos y escupía a los lados. Tenía la calva cubierta de esa capa fina de nieve que te hace sacudirla cada dos segundos. Burt desde el interior del vehículo observó cuanto había envejecido el tío Tom y se quedó boquiabierto. El coche se detuvo al

fin, ronroneo y cesó en una muerte súbita con una sacudida incluida. La nieve se acostaba en la luna delantera cuando los parabrisas dejaron de moverse al fin. Ella abrió la portezuela y dijo algo:

—Burt, pulsa el botón que tienes a tu derecha.

Él miró a su lado, su brazo y debajo del cristal. Finalmente, lo encontró y posó todo su peso en el botón. La puerta se abrió con un sonido de goma, momento en el cual el frío le golpeó las mejillas como si lo hubieran abofeteado. Salió quejumbroso del coche, mientras ella ya lo ayudaba a salir cogiéndole de un brazo.

—Gracias, mujer.

—¡Vaya! El gran sheriff Burt Duchamp —jaleó Tom. Sus labios cortados se arrugaron y contrajeron al mismo tiempo. Sus ojos parecían estar congelados dentro de sus cuencas.

Burt levantó una mano.

La derecha.

—Puñetero Tom. ¡Qué bien estás! —mintió.

—Sé que no dices la verdad, pero me da igual. ¿Qué viejo estás, no?

Burt soltó una carcajada con tos incluida.

Yarely los miraba a ambos, sin prestar atención en lo que había en el suelo.

—Siempre serás un mentiroso —le dijo Burt copiando el estilo engreído de Tom—. Apuesto un dólar de los falsos a que nos has hecho venir para darte los buenos días.

—sí, claro. Mira al suelo, capullo. —El dedo de Tom, aún temblando, señaló a la cruz que seguía clavado en la nieve con un ángulo inclinado.

Burt desvió la mirada y se quedó atónito.

Ella abrió los labios formando un círculo precioso.

—Puñetas. ¿Qué es esto?

—Yo no lo sé. Míralo tú.

Burt se arrodilló no sin quejarse como en los últimos quince años. Hinco las rodillas en el suelo y con la mano desenterró parcialmente la base de la cruz que permanecía insolente.

—No está fija. Se mueve. —Burt no se había dado cuenta y no lo recordaba.

Tom añadió:

—La mano, Burt. Mira que mano hay más a tu derecha.

Yarely fue la primera en verla y ahora sus ojos querían salir corriendo de allí. Era la primera vez que se encontraba con un cadáver.

—¡Joder! —exclamó Burt echándose para atrás como si hubiera recibido un puñetazo—. Es el segundo. Estoy seguro que es el segundo de una larga lista del asesino.

Tom y Yarely se miraron desconcertados.

—¿Qué estás diciendo Burt? ¿Hay alguien antes?

—Sí. Y apuesto a que Jack pies de pluma ha regresado de nuevo. La cruz se mueve porque yo sé dónde está clavada.

Y no se rio.

Con un azote de viento helado, ella reaccionó y dijo:

—Quiero tocar esa mano. —Y la verdad es que no estaba totalmente segura de hacerlo. Sin embargo, había algo dentro de ella que la impulsaba a hacerlo. Ella creía en su don y en sus pesadillas donde se veía, bueno, eso era otra cosa...

—Si claro. Adelante mujer. —Burt se puso erguido con un fuerte dolor de espalda—. Tenemos que desenterrarlo.

—Nos metemos en un lio Burt —opinó Tom y acto seguido se aclaró la garganta para escupir a un lado algo realmente asqueroso.

—Tú déjame a mí. Si quieres, puedes irte.

—No me iré.

Yarely se agachó sin esfuerzo y en lugar de hincar las rodillas se puso de cuclillas. El viejo de Tom le miró el culo de forma disimulada. Ella extendió su mano bajo un manto blanco que tejía el cielo implorando.

Al principio nada.

Ellos dos expectantes.

Y ella cogió con fuerza la mano que parecía una piedra en un lago de hielo, y entonces lo empezó a ver todo. Bueno, vio algo para ser más exactos.

—No tiene forma. Es como una sombra. No sabe si es mujer u hombre. Solo ha escuchado esa voz anormal por primera vez en su vida. Algo maligno se acerca y se gira, pero una mano le tapa la visión. Después, algo caliente escupe su sangre de la propia garganta. Él lo sabe porque huele a cobre, aunque no se puede tocar el cuello porque sus manos están sujetas en todo momento. Es rápido. Caza a su presa. Respira con fuerza y le huele el aliento a algo agrio. Siente como se le escapa su vida y su cuerpo cae sobre la nieve. Después lo mueve en posición bocabajo. Le baja los pantalones. Los calzoncillos y siente como algo le penetra. Es una sensación de asco y ahora tiene la nariz encharcada de sangre y se ahoga en ella. En su propia sangre. De repente siente un fuerte dolor. Es algo brutal. Chilla, grita y se desgarra las cuerdas vocales. Algo espantoso le ha atravesado el ano. El asesino o asesina, jadea, respira profundamente y vitorea sin escrúpulos su obra de arte, porque piensa esto. Ahora estoy en la mente del asesino. Es alguien que trepa por la oscuridad. Realiza dibujos abstractos, diabólicos y extraños. Siente placer con el dolor, y se atraviesa una aguja en los dedos de su mano, pero no sangra. Dice algo. Es una voz gutural, pero no se entiende nada, bueno, sí, algo.

Dice; soy Dios.

Entonces ella regresa de la zona muerta sudando y asustada. Es su primera experiencia con un cadáver.

El tío Tom la mira y dice:

—¿Has tomado drogas?

Burt se calla.

28

—¿Crees que puede ser un caso aislado? La venganza de una mujer desafortunada que muestra su lado más oscuro...

—¡Puedes callarte un solo instante! Tan solo un momento —le zanjó el sheriff a Enzo en el momento que quería añadir; de la fe con Dios.

Kendall frunció el ceño he hizo una mueca extraordinaria: escupir.

29

Burt desenterró la mano, y después, el brazo que estaba tan tieso como el mármol. Según su experiencia, algo le decía que llevaba muerto más de veinticuatro horas. Además, la nieve había hecho el resto de trabajo. Tom se hizo para atrás habiendo dejado de mover esa bola de tabaco dentro de su boca. Aquellos ojos se agrandaban por momento, aunque ya suponía lo que iba a venir después de todo. Un fiambre.

Yarely, ya de pie, estaba respirando con cierta fuerza. Como si estuviera cansada. El halo de humo se elevaba majestuosamente hacia un cielo con un escudo blanco. La única vez que iba a ver a un fiambre, era esta. Y también había sido su primera experiencia en la zona oscura con un difunto. No había sido agradable, pero tampoco le había dejado mal sabor de boca. Ahora, se sentía complacida por una extraña razón. El viento, en cambio, parecía haberse puesto furioso por la intensidad en la que soplaba.

—Podrías ayudarme un poco, ¿no? —inquirió Burt con los riñones pidiendo auxilio. No lo mostraba en su cara más allá de las arrugas de sus años grabados en ella.

—Amigo, estas cosas me dan algo de... —se quedó sin palabras, porque además de haber sido arrastradas por el viento, su corazón le había dado un vuelco tan intenso que se había quedado sin fuerzas.

—Yo te ayudaré —acució la chica—. Te echaré una mano. —Con toda firmeza había dicho algo que no sabía si podría hacer. Se agachó de nuevo y añadió—. Voy a desenterrar la otra mano.

—Mejor hazlo por el lado de la cruz. Me tiene tenso cada vez que la

veo. Es capaz de caerse sobre mí y romperme la crisma. Ya que el marica de Tom no se atreve, debo darte las gracias por tu ayuda chica. —Había olvidado su nombre.

Ella lo vio en sus ojos cuando se había dado la vuelta.

—Yarely.

—No te pregunté por el nombre.

—Pero no te acordabas.

Tom, detrás de ellos, enarcó las cejas.

—¿A qué coño estáis jugando? Solo tenéis que decir que ayude, joder.

Y se agachó, no sin antes escupir.

Burt había llegado hasta la cabeza. La verdad es que no había tanta nieve sobre la víctima. Y comprobó que se trataba de otro hombre. Por un momento pensó en que algunas buenas esposas de Boad Hill se había tomado la justicia por su mano ante la avalancha de infidelidades que parecía reinar en ese jodido invierno, y en su interior, surgió una risotada.

—Ayuda y calla. Échale una mano a la chica. —Hizo una pausa ominosa y añadió—. Es un varón. Así que apuesto a que...

—¿Tiene la cruz clavada en el culo? —inquirió ella visiblemente sonrojada.

—Joder. ¿Qué maneras de hablar son esas? —preguntó Tom mientras movía la cruz en círculo. Era verdad. Se movía más que una sombrilla en la arena de la playa.

—Lo siento —dijo ella y se mordió los labios.

—Si lo ha dicho es porque es verdad puñetas —alzó la voz Burt mirando a Tom—. ¿Qué tiene de malo eso? Ya lo había tanteado mientras le leía la mente...

—Estáis como una puta cabra. Beeee —exclamó Tom imitando a una cabra y se enderezó curvando la espalda hacia atrás mientras una huesuda mano trataba de masajearse.

—Escarba, Tom. —La voz de Burt sonó áspera y muy por encima del viento—. Escarba hasta llegar al culo —y un rictus afloró en una de las esquinas de su boca. Agachó la cabeza y movió la de la víctima. Sudó para hacerlo, pues aquel cuello estaba rígido. Clavado y convertido en un bloque de piedra.

—No me jodas más Burt. Debería haber llamado antes a la policía, joder —ladró Tom moviendo la cruz. No despegaba del montículo de nieve—. Mira que va a ser verdad que esto está metido en todo el trasero.

Yarely lo volvió a mirar mientras jadeaba al ritmo en que sus manos removían nieve.

Y entonces Tom hizo su parte bajo la cruz.

Un minuto después, saltó a viva voz con la boca tan abierta y

grande, que parecía que se había tragado un vaso de tubo.

—¡Dios santo! ¡Qué barbaridad!

—¿Qué coño pasa ahora, Tom?

Burt se levantó de un, punta pie.

—¡Está rajado desde la cintura hasta los malditos huevos! ¡Tiene el culo destrozado!

Y se miraron los tres como si aquello les hubiera pillado de sorpresa. Como si la tormenta de nieve también fuera una novedad. Como si la tierra fuera redonda, ovalada o esférica.

—Ahora puedes llamar al sheriff —anunció Burt cerrando los ojos.

30

No sonó el teléfono móvil de Kendall. Estaba mudo y sin destellar, laxo, sobre la mesa rodeada de papeles. Él tenía los ojos clavados en ese dichoso aparato. Algo dentro de él le decía que iba a recibir noticias. Al menos pensaba que alguien competente le daría una pista sobre el caso. Creía en la hegemonía del cuerpo de investigación, mientras él no hacía nada más que esperar, casi recostado en su sillón inclinado hacia atrás.

Entonces, a las 11:37 AM sonó el teléfono fijo de la comisaria. La centralita parpadeó con sus ojos rojos y la llamada fue desviada al agente Ivar Baker. Este descolgó el teléfono y preguntó que narices querían.

—Aquí comisaria. ¿Qué desean denunciar?

—Una muerte de un hombre.

Los párpados de aquel agente se apresuraron a tapar la visión de los ojos. Era como si de repente le pesaran de forma extraordinaria.

—¿Dónde se encuentra usted? ¿Lo ha descubierto usted?

—Soy el tío Tom. El de la cabaña.

El joven agente se quedó expresivamente igual que si le hubieran dicho; está nevando en invierno.

—Lo siento. No sé quién es usted. Solo me interesa saber qué ha descubierto. Después, ya declarará en comisaria.

—Y una leche —protestó Tom desde un punto lejano a la confortable oficina.

—Entonces debo pensar que usted está bromeando. Buenos días, señor. —Estuvo a punto de colgar cuando escuchó algo que no dejó pasar desapercibido.

—¡Tiene una enorme cruz metida en el culo!

—Oh, uhm. Voy a pasarle la llamada al sheriff. Por favor, no se retire. —Se despegó el auricular del oído y pulsó una tecla. El "tuuuu" largo y cansino dio paso a una voz rasgada.

—Aquí el sheriff Kendall. ¿Tiene algo que contarme?

Se escuchó de fondo la tos de Burt y Tom jadeaba como un perro. Finalmente, habló:

—Ya le he dicho al primer idiota que me ha cogido el teléfono que he encontrado el cadáver de un hombre con una cruz metida en el culo.

Kendall se levantó de repente como si una aguja enorme le hubiera pinchado el glúteo.

—¡Mierda!

—¿Decía?

31

—Sé lo que pensáis. Sé lo que imagináis. Sé lo desconcertados que estáis, pero no sé cómo me descubriréis, oh, no, claro que no, porque nunca lo lograréis malditos.

Aquella voz evocó al mismísimo demonio y las paredes iluminadas con una luz de mantequilla, respondieron como ecos lejanos. Y aquel ser o monstruo, sintió una enorme gratitud, porque sus defensas todavía no se habían reducido a eso. A una sonrisa curiosa, torcida, como un hombre de negocios en una barca, intentando mantener la comida en el estómago pese al balanceo. Al menos por el momento, no había llegado su frenesí. Se rio como un descosido al saber esto, y tirado en el suelo, empezó a sentir como rugían sus tripas y como deseaba saborear la sangre y las heces de aquellos moribundos que suplicaban antes de morir, con sus manos extendidas.

Pero no tenía intención de comer nada. Eso, formaba parte del plan. Del dolor y su autocastigo carnal. El mental y espiritual, estaba ahora, en lo alto de una colina. Y contenía los ataques de risa. Y contenía sus emociones.

Claro que sí.

32

Los coches patrulla recorrieron los trece kilómetros que les separaban de la comisaria en medio de una nube azul y negruzca. Las sirenas a toda voz y las luces destellando por los tupidos lados de la carretera. Kendall, por supuesto, iba el primero y sus ojos se parecían a dos aceitunas masticadas. Mientras pisaba el acelerador recordaba lo siguiente:

Tiene una cruz en el culo. ¿Qué? Como lo oyes. ¿Está usted solo ahí? No. ¿Quién está a su lado? Burt, señor. El ex sheriff de esta ciudad, no sé

si le conoce. ¿Y cómo narices han encontrado el cadáver juntos? Lo encontré yo. ¿Y por qué está ahí con usted? Porque lo llame antes. ¿Queeee?

Y entonces quería meter otra marcha más larga que no existía. Quería pisar el pedal del gas más a fondo hasta que su pie rozara el asfalto helado. Quería darle un par de guantazos a Enzo que iba a su lado. Quería... Pero no hizo nada más que conducir y respirar como un buey furioso.

El lago asomaba ya su cabeza ancha, plana y brillante a pesar del temporal. Ya estaban cerca y algo rompió a llorar dentro su pecho. Era su corazón que hizo de martillo contra el esternón. Le había dolido.

Torció hacia la derecha casi volcando el coche. Gimió y soltó un bufido. Frenó y acelero a la vez. Tomó el nuevo camino con su poderío y su logos en los laterales del coche: POLICIA.

Enzo estaba agarrado con una mano en el soporte que estaba mirándole desde lo alto de la portezuela. Su cuerpo estaba doblegado y sus ojos casi se le caían. Aquellos jodidos vehículos tenían una suspensión demasiado blanda y en lugar de trotar, bailaba y se elevaba sobre el asfalto en cada bache, cada piedra, cada mierda.

Después de todo, llegaron a un llano como una pista de patinaje y el vehículo se deslizó como un esquiador por la ladera de una montaña. Con fluidez, con fuerza y con control absoluto. Dejó de pisar el freno. Detuvo el coche y el motor se calló cuando giró la llave de contacto.

Los tres estaban allí con sus rostros desconfigurados, algo así como alegando estar desconcertados por el descubrimiento. Como si todo hubiera sido una casualidad que te brinda la vida a veces.

Kendall se apeó y sin cerrar la portezuela puso la voz en el cielo, mientras se acercaba a ellos con la omnipresencia de la mala leche y la peculiaridad.

—¿Cómo es posible que seáis vosotros los primeros en descubrirlo?

Burt levantó las manos.

—Oiga, sheriff. Esta mujer y yo somos los invitados del tío Tom. Estábamos tomando algo de café. Ya sabe. Charlando y todo eso. Recordando los viejos tiempos. Cuando de repente escuchemos algo fuera de lo normal. En nuestra batida nos encontremos con este cadáver. Siempre hay alguien que encuentra primero a la víctima y lo hace saber a la policía, ¿no es así. Mi amiga y yo podemos testificar si lo desea. Le hemos llamado.

Kendall respiraba como una vaca en la intemperie de un mes de otoño lluvioso, mientras caía de sus fosas nasales, agua y mocos.

—Sí, eso es cierto. Siempre es el ciudadano quien se encuentra con el desagradable espectáculo. —Su voz sonó amainada, no tanto como

el viento que soplaba de todas partes esta vez—. Tendré que tomarles la pertinente declaración si están de acuerdo.

—Sí, claro, señor sheriff —dijo Tom cabeceando. Su barba rala estaba siendo el imán de los copos de nieve y se parecía a Papa Noel.

Kendall se sacó una libreta del tamaño de una tostada y un bolígrafo para anotar las cosas que le dirían, pero eso no fue un acierto, ya que primero debería haberse dirigido al cadáver casi desenterrado y con el culo mirando a la luna oculta tras las nubes socarronas. Pero no lo hizo. Enzo venía por detrás subiéndose los pantalones y casi resbala en una placa de hielo. Los otros dos coches patrulla aterrizaron como aviones en la parte más lejana de la explanada. Se escucharon rugidos de los motores y acto seguido un repiqueteo de puertas cerrándose.

—¿Quién lo vio primero?

Burt levantó la mano. Esta vez, la izquierda. Yarely estaba muda, pero observando todo con obstinado interés.

—Creo que lo más oportuno seria echar un vistazo al cadáver.

—¿Me va a enseñar lo que tengo que hacer en mi trabajo?

Burt le mostró una sonrisa sin dientes.

Kendall miró al suelo y sus ojos se revolvieron dentro de sus cuencas cuando observó que estaba desenterrado. Todavía no le había visto el culo. Alzó la mirada. Apretó los dientes. Volvió a bajar la mira y esta vez sí. Esta vez vio la cruz de medio metro hundida en su ano destrozado. Ahora sus ojos quisieron caerse al vacío como el agua de una cascada.

—¡Dios santo!

—Amén —acució Burt.

—¡Dios!

Y dejó caer el bloc y el bolígrafo que se hundieron en la nieve más superficial del suelo. La más blanda y reciente.

Los demás agentes de la policía llegaron hasta el punto exacto con las bocas abiertas como si quisieran tragarse todo el aire del mundo. A bocanadas.

33

No era un ser vivo. Más bien parecía una colilla. Una basura. Algo inamovible en el entorno de los despojos. No tenía personalidad, ni poderes paranormales. Estaba desquiciado o desquiciada. Sin embargo, su nivel intelectual era alto, pero fregaba el suelo con su cuerpo sudoroso y se retorcía cuando se pinchaba aquellos jodidos clavos que le hacían sangrar. En el pecho o pechos. En los muslos y en sus partes más íntimas. Entonces ese dolor se hacía tan insoportable

para el ser humano, que se regocijaba en ello y sentía placer. Tan oculto como la mentira y tan despiadada como la muerte.

—Mi obra no ha acabado todavía —dijo.

Y las ratas le contestaron.

Las jodidas ratas.

34

—¡Vamos! ¡Vamos! Quiero huellas —exclamó Kendall ante la atenta mirada de sus hombres. Movía las manos como aspavientos y por un momento, dejó de nevar. En el cielo se escuchó romperse la camisa grisácea y después, el relámpago les iluminó sus rostros enjutos. Caprichos de la naturaleza, comenzó a llover a cántaros—. No quiero errores. No quiero obtener un, no lo sé por respuesta. ¿Está claro?

Alguien de ellos, quizá Enzo, Adam, Joel o Ivar, dijo algo como si estuviera susurrándole a un caballo. Ni Burt ni Yarely escucharon nada y Kendall seguía con las venas del cuello tan hinchadas como mangueras regando el césped una bonita mañana de primavera.

—Espero que descubras algo —prorrumpió Burt entrecerrando los ojos.

—¡Tú te callas! —el dedo índice del sheriff temblaba en el aire, pero no dejaba de señalarle. El agua de la lluvia comenzó a deshacer la nieve y empezaron a nacer los pequeños riachuelos en el suelo. Y ellos, sencillamente estaban empanados.

—Señor, la lluvia puede borrar ciertas huellas si las hay —le recordó Enzo casi gritando. El aguacero sonaba más intenso que el propio viento de la tormenta de nieve momentos antes. Sus chaquetas emitían un ruido titilante como el repiqueteo de unas uñas sobre una mesa.

—¿Por qué demonios siempre sale todo mal en esta jodida ciudad? —Se enervó Kendall y se dio un puñetazo en su muslo como protesta. Sus dientes apretaban con fuerza una boca que cerró de forma inmediata al terminar la frase.

—Será, porque no conoces Boad Hill —se jactó Burt con las manos en los bolsillos mientras se empapaba como un trapo dentro de una lavadora.

—No estoy de bromas, te lo advierto Burt. —El sheriff seguía ahora, casi histérico.

Burt ladeó la cabeza en busca de los ojos de ella y dijo:

—Chica, métete en el coche que te vas a coger una pulmonía.

—Está bien —acució ella, sabiendo que ya no podía hacer nada más en esos momentos. Se dio la vuelta sobre sus talones y se

encaminó hacia el coche. Su silueta se distorsionaba ante la cortina de agua.

—Vosotros, también podéis iros a la mierda —ordenó Kendall chorreando—. Pero esta tarde tendréis que pasar por mi oficina. Quiero tomaros las pertinentes declaraciones. —Su voz sonaba ahora, más suave. No tan ronca y áspera. No con tanto odio o sarcasmo, que eran dos cosas diferentes, pero que a veces se sabían complementar.

—Cuando usted quiera —se mofó Burt guiñándole un ojo.

El tío Tom se encogió de hombros.

—Mi furgoneta no funciona —advirtió.

—No te preocupes, te llevaré yo —saltó Burt sin recordar que no había traído su trasto al lugar.

—Os pondré uno de mis coches a vuestra disposición —informó Kendall con ironía mientras se sujetaba el sombrero pesado y lleno de agua.

Y miró la cruz.

Y el culo.

Y aquella sangre escandalosa formando riachuelos, mientras el cadáver tenía los ojos bien abiertos, fijos al lago.

Kendall sintió de pronto una exaltación incomprensible.

35

La psiquiatra había estado todo el rato en frente, observándole con obstinada curiosidad y perversión en sus retinas. Le recordaba a su padrastro, a pesar de que la comecocos era una mujer de piel oscura. Él recordaba como hablaba bien bajito como si murmurara las cosas. Como si no quisiera que nadie la escuchara detrás de ella. Aquel torso recto como una tabla y los pechos desafiando la gravedad en el interior de su suéter. No llevaba la típica bata blanca puesta y aquello era un loquero. Un centro psiquiátrico.

—Dime. ¿Sigues teniendo esas mismas pesadillas?

La voz era dulce.

—No son pesadillas. Ya le he dicho que es el mal en persona.

—¿Y cómo entra en tu habitación reforzada?

—Simplemente pasa a través de la puerta, con esa sonrisa demoniaca.

—¿No abre la puerta?

—No.

—Está bien. ¿Y qué hace una vez está dentro de tu habitación?

—Me susurra.

—¿Qué te dice?

—Cosas bonitas y yo me siento halagado.

—¿A qué te refieres con cosas bonitas?

—Cosas que me excitan. Cosas agradables. Cosas sucias.

—¿Y te hace algo?

—Sí.

—¿Y bien?

—Me toma por completo y lo siento dentro de mí mientras algo arde como el fuego dentro de mí. Estallo en llamas, uhmm, cuanto me gusta recordarlo.

Su mano recorre la superficie de la mesa. Eso lo recuerda bien. No hace daño porque tiene los dedos entumecidos.

—Es decir, ¿Te penetra?

—¡Me toma!

—Está bien. Está bien. Te posee. ¿Es tu padrastro?

—Él no, pero después mi padrastro viene a por mí y me hace daño.

—¿Qué te hace? ¿Están esa dos presencias juntas?

—No. Ahora, solo está mi padrastro jadeando como un perro y yo le maldigo. Le digo que me deje de hacer eso. Le grito, pero no me hace caso.

—¿Por qué gritas? ¿Qué te hace?

—¡¡¡Follarme!!!

Y recuerda como en ese momento todo su cuerpo se congela, y ve la cara despreocupada de esa señoritinga especialista en las cabezas que piensan de manera distorsionada.

Ese ser sacude la cabeza para dejar de recordar el eco de su pasado. Su miserable vida.

En su hogar, con más velas encendidas que en un velatorio, sigue arrastrándose por el suelo, pero se prepara para salir a la calle. Ese monstruo coge algo metálico y respira profundamente, y se mira en un pedazo de espejo para verse la parte de la cara que no tiene destrozada, porque la otra mitad es una asquerosidad.

Un monstruo.

36

—Chica, mañana nos vemos si quieres —dijo Burt—. Yo me quedo aquí por la grata invitación que me ha hecho el sheriff de Boad Hill. —No podía disimular su sonrisa aviesa.

—Burt, me llamo Yarely.

—Está bien, Yarely.

Ella sonrió empapada.

—Voy a casa pues. Estoy empapada y empiezo a tener bastante frío. —La chaqueta con gorra era un escudo, pero no podía con tanta

fuerza del acoso fluvial. Y dándose la vuelta se dirigió a su Ford nuevo.

Recordando lo que la zona oscura le había mostrado.

37

—Tú estás loca —había dicho aquella mente perturbada.

—Sí, eso creo —respondía la psiquiatra sin sonreír.

La mesa en medio de los dos.

—Un día de estos, me harás compañía aquí dentro —dictaminó aquel ser.

38

El caudal de la lluvia no le permitía ver con claridad la carretera que había pasado de ser un manto blanco a un río desbordado. El limpiaparabrisas se afanaba en despejar la luna delantera, pero era casi inútil. Yarely conducía despacio, las luces—todas—, encendidas intentaban fundirse con el paisaje y lamer en la calzada cuando en el fondo vio unos destellos azules y naranjas. Al parecer allí delante había algo que todavía no adivinaba a descubrir. Siguió avanzando por el centro de la calzada en tercera, y frenó suavemente cuando aquellos destellos se habían inflado como globos. Entre el agua que parecía crear olas en la luna del coche, distinguió la silueta de dos coches de policía que estaban cruzados en la carretera.

Una luz diáfana, se balanceaba de forma oblicua y resplandecía llorosa como un fuego atrapado en un cauce. Era un agente que movía el dispositivo óptico de aviso.

—Para —decía una voz entre tanto ruido del repicar de las gotas contra la chapa del vehículo de ella. Redujo la marcha en segunda y después a primera, hasta que frenó con suavidad antes de detenerse.

Los gritos del agente rebotaban entre las grandes gotas de la lluvia. Todo oscuro y sin estrellas, allí estaban dos agentes de la policía y ella.

Solos.

—Baje la ventanilla por favor —gritaban el agente con una gorra de plástico envuelta en la cabeza. Todo él reflectaba como las luciérnagas en una noche sin luna. Movía la mano deprisa.

Ella escuchó una voz amortiguada, pero suponía lo que estaba diciendo. Pasó el botón de la portezuela de su lado y la ventanilla bajó un palmo al tiempo que pesadas gotas entraron dentro.

—¿Qué sucede agente?

—La carretera está cortada —gritó el agente de aspecto rechoncho.

Seguía gritando porque todavía no se había dado cuenta de que la ventanilla había bajado.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se ha desbordado algún río?

El agente vio abierta la ventanilla gracias a que la voz de ella se escuchó clara, momento en el que se sintió sonrojado.

—La calzada, es decir, el pavimento, ha cedido ante la lluvia. Hay una zanja de dos metros. Tendrá que darse la vuelta señorita.

—¿No hay otra carretera de entrada a Boad Hill?

—Sí. Si da media vuelta y retrocede un kilómetro más o menos verá una carretera a la izquierda. Tomo esa ruta que le llevara al puente StormHill.

Ella movió la cabeza en sentido de nones.

—No lo conozco —aseguró.

—Da igual. Siga mis instrucciones y verá un puente cubierto. Atraviéselo y siga por la carretera de tierra hasta el final. Hay indicadores. Es un atajo.

—Ah, vale. Gracias, agente —y pulsó de nuevo el botón eléctrico de la ventanilla, cerrándose antes de que el agente terminara de hablar.

—Tenga cuidado.

Pero su voz sonó amortiguada como en una habitación de un psiquiátrico.

Embragó, puso la marcha atrás y unos ojos blancos horadaron la lluvia mientras el vehículo se movía. Después, embragó la primera y dio un giro pleno al volante, como si girase toda la rueda. El Ford se encaramó en el sentido contrario y avanzó lentamente bajo el aguacero. Recorrió cerca de ese kilómetro y Yarely pudo distinguir el desvío a la izquierda. A pesar de todo lo que le caía encima, aquel camino que nunca olvidaría, se hizo luz ante ella. Giró y las ruedas rasgaron la arena y el lodo. Avanzó un trayecto de medio kilómetro y se detuvo al ver el puente, recordando al que Burt le había dicho: pasa sobre las tablas que no sucederá nada.

Y así lo hizo con este puente techado, cuyo suelo era de pavimento. Se atrevió a acelerar y la ausencia de agua en la luna le llenó de seguridad para pisar el acelerador. Tras salir del puente cubierto un golpe seco de agua que caía como un acantilado de la esquina del puente, sacudió el cristal y el limpiaparabrisas lloró de nuevo ante tanta agua. Redujo ligeramente la marcha, pero ya era demasiado tarde. Los faros del coche iluminaron un cuerpo oscuro de lo que parecía ser un humano.

Giró el volante en medio del grito de tarzán y chocó contra un pino. El airbag no se disparó y sintió un fuerte dolor en el hombro debido al tirón que le dio el cinturón de seguridad. Se quejó y puso las manos sobre el volante. Las luces estaban todavía encendidas y el limpiaparabrisas bailando delante de su vista.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó al vacío del vehículo—. Qué coño ha pasado —y empezó a ponerse serena después de todo. Abrió la portezuela y salió tras quitarse el cinturón. Bordeó el coche que estaba prácticamente en el arcén y comprobó que no fue para tanto. Miro a la carretera y vio a alguien allí.

Su corazón se detuvo en ese momento.

Ese alguien estaba en medio de la carretera. Tenía la cabeza oculta y parecía temblar como una hoja perenne en medio de un chorro de aire. Estaba llorando.

Ella se armó de valor después de todo, y se animó a acercarse a la silueta que resultó ser un chico que había estado de espaldas al coche. Y lo reconoció.

—¿Peter Bray?

Él estaba temblando y las gafas de montura gruesa lloraban por sus ojos. El pelo en un amasijo estaba pegado a su cráneo. Estaba envuelto en una gabardina negra, pero estaba empapado. Por la parte del pecho se adivinaba que estaba desnudo.

Le cogió de un brazo.

Lo zarandeó.

—¡Peter!

Y de repente se prendió en llamas.

Un fuego que a ella no le afecto, pero si a él, que desapareció en un grito central y se evaporó como la niebla.

Ella despertó súbitamente en su cama.

39

Burt entró en calor en comisaria a eso de las cinco de la tarde y la tormenta de agua se había vuelto nieve. El clima estaba tan loco como él y el tío Tom, pensó. Kendall no les apartaba el ojo a los dos y en su mano bailoteaba un bolígrafo.

—¿Y eso es todo? —preguntó el sheriff repantigado.

Burt abrió los brazos dejando libres sus roídas rodillas. El agua le había calado tanto en ellas, que pensaba que se habían oxidado. Al moverlas sentía como un juego de canicas volteaban en el interior.

—Sí. Eso es todo. Mi amigo lo descubrió. Me llamó y acudí a consolarle. El agua repentina de este jodido temporal derritió parte de la nieve y salió a flote el cadáver. Casi me muero del susto —mintió y añadió—. He inmediatamente llamemos a comisaria, como cualquier ciudadano o lugareño haría, ¿verdad?

Kendall tragó saliva.

—Está bien, pero si encuentro una jodida huella vuestra en el cuerpo o en esa dichosa cruz, os juro que lo pagaréis caro por

entrometeros en una investigación policial.

Quería parecer serio, pero no lo consiguió.

No, esta vez.

—Puede encontrar alguna huella porque del susto me caí al suelo y toque aquella cabeza helada, oh, señor, perdóname...

—Está bien. Está bien. Lo tendré en cuenta.

Mientras tanto, Tom permanecía callado y sin mascar tabaco. Tenía ansias de llevarse un buen puñado a la boca y hasta masticaba algo dentro de su boca.

Confiaba en la estrategia de Burt y por ello, su corazón latía acompasado del ritmo de una música suave que sonaba en los altavoces de la comisaria, pero eso, peculiar de cojones, no le hizo hacer ninguna mueca.

—Gracias, señor sheriff —prorrumpió Burt con unos dientes no tan blancos como para enseñarlos en una estúpida sonrisa, pero tampoco era imbécil.

—Le sugiero que me llame Kendall si no le importa.

—Ah, claro que sí señor Kendall —se mofó en toda su cara. Sabía quién era y hasta su apellido, Collins, pero no le salía de los huevos llamarlo así.

—Ya pueden regresar a sus casas.

—No tenemos coche. Recuerde que nos ha traído usted.

—Ah, claro. Le pondré un vehículo a su servicio.

—Gracias de nuevo.

Burt no le contó lo de Yarely, y Tom tampoco la mencionó, porque el sheriff se había olvidado de ella.

40

Estaba sudorosa. Se tocó la frente y estaba chorreando. Llevaba un visón puesto y estaba húmedo. Su espalda se arqueaba llena de escalofríos. Sus sienes bombeaban sangre como si fueran dos venas abultadas que pugnaban por salir fuera. El corazón latía desaforado bajo su seno erecto. Sus ojos empezaron a lagrimear y los tenía tan abiertos que toda la luz de la lámpara del techo entró en sus retinas como los rayos del sol de una buena mañana de verano.

—¿Qué ha sucedido?

En realidad, no recordaba nada o nada parecido a la realidad. Un juego de palabras no venía mal en estos momentos en los que se sentía plenamente desconcertada.

Su manó tocó una sábana suave, que parecía de seda. Eso la inquietó porque las sabanas del motel no eran tan suaves. Miró en derredor y descubrió que no estaba en su guarida, sino en otra

habitación.

Quiso chillar, pero de pronto escuchó un ligero taconeo acercarse a la puerta.

41

Salió por la ruidosa puerta dejando atrás un estercolero de oscuridad y olor fétido, velas que se apagaban con el aire y cristales rotos clavados en las paredes. Había cadenas, clavos, martillos y algo metálico. Lo mismo que llevaba en su mano. Según eso, era la primavera de fresa e iba a por su tercera víctima porque tenía sed de sangre, dolor y una vorágine sexual más allá de lo libido.

No sintió dolor al pisar descalzo la nieve y el agua. No respiró entrecortadamente y no se fijó en las luces a lo lejos; al final de la calle. Tampoco sintió frío.

No le importaba nada, salvo saciar sus deseos carnales.

42

—Hola —dijo una suave voz melosa. Una mujer de cabello oscuro y melena larga ondulada se acercó a ella. Sus labios eran prominentes y sus ojos, grises. Sin duda era ella.

—Tal como te describió, eres tú —acució Yarely atreviéndose a hablar como si nada hubiera pasado, ante una mujer y una habitación desconocida.

—Sí, soy yo. ¿De qué te extrañas?

Sonrió.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

Se acercó a ella sentándose al borde de la cama. Su vestido azul caía lánguido por el borde del mismo sobre unas largas piernas.

—¿Qué fue lo que me pasó? ¿Por qué estoy aquí?

—Eso mismo pregunto yo. ¿Quién eres y por qué viniste a mi casa?

—¿Qué?

Los ojos de Yarely se abrieron para mostrar dos bolas blancas tan fuera de sus órbitas que había alcanzado la extensión máxima de los dos milímetros del nervio óptico.

La mujer esbelta la miró en silencio ahora.

Ella, Yarely, sabía que era Ann. La amada de Peter Bray.

43

Burt se había levantado con unas ojeras que casi se las pisaba. Esa mañana tan fría como la anterior, y la otra, no estaba para tostaditas y huevos revueltos. Más bien tenía el estómago revuelto porque alguien por la noche habría entrado por su boca y ahora, estaría remando en su estómago con unos remos astillados. La barba crecía incipiente, y no vio la cuchilla una vez más. La meada matutina fue tan extensa como los riachuelos que se habían formado el día anterior frente al cadáver. Recordar eso le producía nostalgia. Había que joderse.

—Vaya mierda. Y dicen que el invierno te hace más fuerte. Y una leche —refunfuñó delante de la encimera. Estaba apagada. Le clavó la mirada y siguió rumiando en silencio no por mucho tiempo—. ¿Y quién coño será esta vez?

El bendito sol no estaba allí, delante de la ventana, para responderle.

44

—Peter me amaba, y siempre lo supe. Era un hombre muy especial, pero no le hice mucho caso al principio. A veces, una se equivoca de hombre y da con el culo del vaso. El que fue mi marido, Donald, era un hijo de gran puta, y después de que se partiera el cuello, decidí seguir mi vida sola. Pero estaba Peter quien un buen día vio todo lo que yo había sufrido con ese bastardo. Tan solo me rozó. No era especialmente muy agradecido físicamente, pero su bondad y honestidad te atravesaba el corazón. Lo supe desde un principio y lo sé ahora. Por eso, y por el tiempo perdido, me siento culpable de todo cuanto le sucedió. Ese tal Burt Duchamp es un renegón de narices. Lo utilizaba para sacarle las castañas del fuego, pero era y es un buen hombre en el fondo. El alcohol lo arruinó, aunque creo que ya lo ha dejado. Sí, soy Ann. El amor platónico de Peter Bray, el del brillo, y un día hicimos realidad nuestro amor mutuo. Él me pasó su poder. Y ahora estás tú.

Ann miró a través de la ventana. La calle estaba vacía. Ella estaba de espaldas a Yarely, quien seguía en la cama, pero apoyada en el respaldo. Estaba en silencio y su corazón latía de forma rítmica, como se inflaban sus pulmones cada dos o tres segundos. Las manos de Ann parecían estar agarradas a las cortinas como las patas de una araña.

—Sí. Ahora estoy yo. Conozco vuestro don porque Peter lo reveló en sus memorias. Yo tengo el mismo poder. ¿Tiene algo que ver con Peter? ¿O contigo?

—No. Para nada.

—¿Y cómo es que en todo el estado de Maine solo hay dos personas que posean este capricho del destino?

—En todo el mundo, querida Yarely.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Tú misma me lo dijiste.

—No lo recuerdo. ¿Cuándo fue? ¿Hemos coincidido en alguna otra parte? ¿Estoy en tu casa ahora?

—No lo recuerdas porque estabas delirando, y si estás en mi casa. Lo otro, no puedo contestarte.

—Ajá, eso está bien, pero recuerdo cosas vagas. Creo que vi a Peter...

—Es muy probable que sea cierto —le cortó Ann sin darse la vuelta. La luz de led del techo brillaba fría con una intensidad como si allí arriba el sol hubiera abierto un hueco.

—Claro, que lo es. Vestía la gabardina, pero estaba tiritando de frío cuando le cogí de las manos, aunque no parecía asustado. Entonces de repente, estalló en llamas. ¿Es eso verdad? ¿Puede ser?

—Sí, podría ser. De Peter se espera cualquier cosa.

—¿Y dice que vine yo sola hasta aquí?

—Sí, claro. Al fin y al cabo sabías que yo seguía viva y de algún u otra manera quieres seguir los pasos de Peter, ¿no es así?

—No exactamente.

—¿Entonces qué es lo que te ha traído a Boad Hill?

Yarely torció la boca y se quedó pensativa. Quería gritar que se diera la vuelta para ver su cara. Quería entablar una conversación frente a frente y no vagar por sus omoplatos y su cabello largo que todo lo ocultaba.

—No lo sé, pero están...

—Los asesinatos —le arrebató Ann la palabra.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Esa ha sido una pregunta estúpida. —Y Ann se dio la vuelta por fin. Sus ojos grises horadaron el aire caliente de la habitación que parecía crear una especie de polvo en suspensión—La cuestión es, ¿qué pasara de ahora en adelante?

—No lo sé —respondió Yarely. Sus dedos se quedaron atrapados en las sabanas cuando las cogió con fuerza. —No lo sé —repitió, mientras su pulso se aceleraba.

45

Arrastraba esa cosa metálica por el suelo haciendo un ruido infernal. Se dirigía hacia la casa de un tal Luc James, quien, al parecer estaría como todos los días, clavado en la puerta echando un primer vistazo al periódico local.

Ese hombre, estaba soltero y vivía con su madre que padecía

Alzheimer. Ella ya no le reconocía ni se daba cuenta de que a veces su propio hijo le daba pan con moho, pero ahora, todo podía pasar con esa mente enfermiza acercándose.

Cada vez más y más.

46

—Señor, hemos encontrado unas huellas —dijo la voz al otro lado del teléfono. Parecía estar acompañado de júbilo, pero a la vez, aquel sonido sonaba en frío. Sin expresividad.

—Oh, mira que bien. Pues dime de quien son y lo arresto con mis propias manos —se alegró Kendall todo dientes. Como de costumbre, estaba repantigado en su sillón.

—Eso no va a poder ser de momento —replicó la voz aguda.

La cara de Kendall se arrugó como si fuera plastilina.

—Pero, que puñetas me estás diciendo —casi gritó. El sonido de su voz se escapó del despacho y alcanzó el resto de la comisaria. Todos se dieron la vuelta en una mañana tranquila.

—Tengo huellas, pero no coinciden con ningún recluso o los conocidos delincuentes. Debemos eliminar esa opción. Las huellas son de alguien que está limpio, señor.

—Hay que joderse, pero ¿no están todas las malditas huellas de todo el mundo guardadas en un puto ordenador gigante?

—Sí, eso sí, pero llevará tiempo. El sistema está en otro estado y necesitamos permisos adicionales para acceder a dicha base de datos que incluye todas las identificaciones electrónicas de cada humano dentro de nuestro territorio, claro...

—¡Puñetas! No, me he equivocado, quería decir: ¡Mierdaaaa!

Ahora la voz sangrante del sheriff perforó el techo, los tabiques y los tímpanos de todos sus policías, que movieron la cabeza como tortugas buscando un pedazo de lechuga.

—Haré cuanto esté en mi mano para darle un buen resultado, señor.

Y la llamada se cortó.

Kendall miró el teléfono con cierta ira, furia y frustración. Después, con un movimiento brusco y rápido lo estampó contra la base del dispositivo sin que el auricular encajara en el hueco.

Clanc.

47

—Que disparate —dijo a la chimenea Burt. Estaba apoyado en una mesa pequeña que tenía delante del televisor de plasma. La jodida

pantalla destellaba como los coches de policía y todo su rostro parecía una feria, pero en silencio. Sus nudillos hacían presión sobre la superficie y tenía el cuerpo encorvado como un abedul viejo—. Tras una eternidad aparece un loco suelto o una loca, que le da por matar a hombres. Siempre fueron chicas. Y siempre fueron violadas por esas cruces, pero no las dejaban allí. En el lugar del crimen, y mucho menos se las dejaban metidas en el culo.

Aquello le pareció cómico y estuvo a punto de reírse.

En el telediario local no habían dicho nada de eso.

Claro que no.

48

Lo agarró del cuello, es decir, le apretó del mismo con la parte más extensa de la cruz. El dolor fue insoportable, ya que el primer intento le había partido en dos su nuez de adán. Luc se abrazó a la barra helada y quiso gritar, pero no lo consiguió. Aquella fuerza sobrenatural lo arrastraba hacia dentro de la casa. Vio sus zapatos arrastrase por el suelo de madera. Escuchó algo y olió un aliento empalagoso. Forcejeó, pero la presión de aquello le superaba. El dolor era ahora, cada vez más intenso y le costaba respirar. Sus ojos estaban hinchados como globos y la lengua ya blanca, asomaba como una barra de hielo derritiéndose. Era saliva y en el cuello brotaron dos ríos de sangre escandalosa.

Tras el intento de disuadirse del monstruo, vio cómo se cerraba la puerta y entonces empezó todo de verdad.

Algo espantoso.

49

Sin duda alguna hubiera sido un buen día a no ser por varias circunstancias. La aparición de Peter a Yarely. Después hospedada en la casa de Ann. Huellas que no se identificaban. Un Burt Duchamp desorientado como siempre y un nuevo crimen.

Las cosas no podían ir a peor.

Y así fue como sucedió.

50

—Puedes quedarte aquí, si quieres —le invitó Ann. Estaba sonriente, pero no era una sonrisa despectiva. Era honesta con ella.

—No gracias. No quiero ser un estorbo para ti...

—Hablaríamos de muchas cosas sobre Peter —le interrumpió ella tocándole el hombro a Yarely. En ese momento sintió como se formaba una chispa que la llevaba directamente a una zona oscura, pero no sucedió nada más.

—Lo sé, lo sé —acució ella y sintió como algo dentro de ella quería empujar, pero no vio nada más allá de la zona oscura. No parpadeo, ni cerró los ojos. Entraba y salía con total naturalidad de Ann, porque era pura y no tenía nada que esconder. Ahora, ya sabía que podía ver cuando la tocaban también—. Prefiero venir otro día, y te prometo que hablaremos largo y tendido sobre él —mintió, porque sabía que Peter se había consumado en llamas y eso, era real.

—Bueno. Está bien. Otra vez será, pero cuando tocaste a mi puerta, llorabas y estabas desesperada. Me alegro de que te encuentres bien ahora. Vístete rápido. Tienes la ropa seca y tomate algún medicamento para el resfriado. Puedes pillarte una pulmonía. —De repente, el colchón se elevó en el aire al ponerse en pie Ann. Fue una sacudida importante, que parecía que la cama levitase, y Yarely se preguntó si realmente pesaba demasiado.

Eso era otra incógnita.

Ann salió de la habitación casi patinando dado que apenas se escucharon sus pasos. Algo que también llamó la atención de Yarely quien frunció un ceño. Después de esto desvió la mirada hacia el otro extremo de la cama y vio su ropa sobre la colcha. Aparó las sabanas con sus ágiles manos y se incorporó para coger sus pantalones. Llevaba unas bragas rosas sin encaje. Puro algodón. Se enfundó en las perneras y dio un salto sobre el linóleo. El sujetador casi le juega una mala pasada mostrando una teta, pero allí no había nadie y eso la reconfortó. Solo la idea de Peter Bray bajo el aguacero la incomodaría en tal caso. Se puso la camiseta y después el jersey de lana. Miró al suelo y comenzó a andar, pero sabía que le faltaba algo. Repentinamente se dio la vuelta y la vio.

La chaqueta con capucha.

Después de abrigarse plenamente con ella, bajó las escaleras y al no ver a nadie hasta la puerta de salida dijo en voz alta:

—Ann, me voy al motel. Nos vemos.

Pero no contestó nadie.

Su mano se aferró al pomo de la puerta y dio media vuelta. El escalón de la cerradura dejó en libertad la puerta y ésta se abrió con un golpe de aire. Salió, cerró la puerta en silencio, y se dirigió al jardín de la entrada. Ya en la acera vio su Ford Ka Ecosport.

Estaba rajado por la pasta delantera, cerca de la luz izquierda.

Entonces se aferró a la idea de que todo había sido verdad.

Sintió miedo.

51

Sin duda alguna aquello fue lo más macabro que se le podía hacer a un ser humano. Romperle el ano con una cruz de tres centímetros de diámetro y medio metro de largo. Luc quedó despatarrado bocabajo flotando en su sangre y un buen montón de heces. La cruz, para variar, brillaba en lo alto de la colina; su culo. El monstruo se fue de allí sin más ropa que su piel y caminó sobre la nieve y bajo la fina lluvia sin que nadie lo viera.

Era su tercera víctima.

Y tenía fe.

Demasiada como para ser real.

52

Kendall que no se movía de su sillón ni con pimienta, recibió otra llamada. Ya no era el imbécil de Enzo quien iba a darles las nuevas noticias. Había ordenado que todas las llamadas de los forenses, criminalistas y chalados fueran desviadas directamente a su teléfono de sobremesa. El susodicho aparato no sonó como antaño con un ring, ring, ring, sino con un tururututu o algo parecido, pero casi tan inaudible como la respiración de un gato.

—Las huellas pertenecen a una mujer —aseguró la voz divina.

La sonrisa del sheriff se expandió por todo su rostro como si lo huirán iluminados con una linterna de oreja a oreja.

—Uhmm. Eso suena bien. ¿Se sabe de quién se trata?

—Si, por supuesto. Las huellas de todos los estadounidenses están en el mismo bombo. Solo ha sido cuestión de tiempo. Ya sabe que todas las huellas están en la identificación fiscal, en los carnets de secundaria, en el de conducir, la seguridad social...

—Vale. Vale. Dígame el nombre de esa mujer, por favor —le zanjó aquella voz casi grave. Ahora más que nunca deseaba fumarse un buen puro habano aunque no fuera su vicio.

—Se trata de una joven de veintidós años llamada Yarely Nguyen. Sin antecedentes penales y sin residencia por lo que podemos ver.

—Mierda. Por una vez que me das algo, sacas la coletilla de que no tiene residencia. ¿Cómo que no tiene residencia? ¿Estuvo alguna vez empadronada en algún sitio?

—Bueno, sabemos que nació en Colorado, en...

—Ahórrese los detalles —le interrumpió de nuevo y añadió—. ¿Vivió en algún lugar recientemente? ¿Visitó a algún médico? ¿Ha ido a la universidad?

—Su último rastro la sitúan en Portland, señor. De modo que no

debe andar muy lejos de aquí...

—Claro, andando se recorren trayectos cortos —le interrumpió por tercera vez. La verdad es que Kendall estaba algo nervioso esa mañana —. ¿Qué más puede decirme?

—Que es una chica morena, de pelo corto, baja estatura y más bien rechoncha. Está llena de tatuajes y acudió a un hospital de Boston recientemente por una infección, precisamente por uno de esos tatuajes.

—Está bien. Lo que significa que es posible que la podamos encontrar si nos damos un paseíto todas las mañanas. No debe estar muy lejos. Se mueve dentro de Maine. Entre Portland y Boston. ¿Algún pueblo en especial?

—No. De eso nada.

—¿Algún billete de tren, avión, taxi?

—No. Además, no es ninguna ministra para que tenga tanto seguimiento.

—Pero a partir de ahora será la princesa que ha perdido su zapato de cristal —dijo Kendall y colgó.

Cuando lo hizo, supo que algo se le había escapado. Dio un puñetazo en la palma de la mano como si atrapara a un mosquito y pensó:

No le he pedido una fotografía.

53

—Sí, lo hice porque así lo quería. Oh, sí y cuanto placer y dolor que serviste. Tu dolor era mío y el placer me exageraba. Pero te lo merecías, porque has hecho cosas malas en tu vida. Y yo, debo saciar mi sed. Es algo que necesito beber. El dolor infinito. Las aberraciones que derivan. La eyaculación mientras escuchó vuestros gritos de angustia y miedo. Es todo para mí. ¿Lo que me lleva a hacerlo? ¿Una locura? No. ¿Acaso pensáis que soy un idiota? No. Soy más inteligente que todos vosotros, bueno, está mal la soberbia. Está bien, no soy tan inteligente, pero tengo necesidades que en el fondo a todos os gusta. Lo menos importante es el final, es decir, la muerte. Eso es porque no sois capaces de asimilar o encauzar el dolor. Porque no tenéis fe. Porque no creéis en nada que no sea carnal. Y nada ni nadie frenará mis deseos compartidos con todos vosotros, porque al final, me lo pedís a gritos, que eso, lo sé yo.

Y tras hablar largo y tendido a aquellos trozos de espejo que brillaban broncíneos, sus manos se frotaban el pecho untándose mantequilla y sangre de su víctima. La había conservado en un bote de test de orina y ahora, sentirla tan sedosa y olerla tan dulce, hacía

que su órgano sexual estuviera húmedo.

Chorreante.

54

Yarely se dirigió directamente a la casa de Burt. Hizo sonar el claxon y tras bajarse del coche y caminar muy deprisa sobre el césped medio helado y medio encharcado, se apoyó en la puerta con sus nudillos.

De forma casi inmediata la voz de Burt Duchamp retumbo detrás de la puerta.

—Si viene a molestarme con más preguntas señor sheriff no le abriré la puerta.

Ella dejó escapar una sonrisa bajo sus dedos que estaban frotando sus carnosos labios.

—Soy yo, Burt. Quiero hablar contigo.

La voz sonaba amortiguada como si se hubiera estampado contra un muro, por las dos partes que le correspondían.

—Oh, bien. Ahora abro.

Se hizo el ruido de un cerrojo que sonó como las cadenas de unos condenados en un castillo medieval. Después, el chirrido que en todas las malas novelas se describen, se escuchó fuerte mientras el hueco se hacía más y más grande.

Se abrió la puerta y allí estaba él.

Inmóvil.

—Hola, señor Burt. Necesito contarte algo —salivó ella echándose al cuello de él. Lo abrazó con sus finos brazos y justo en ese momento, en el que una de sus manos le tocó la nuca, empezó lo siniestro.

—Ohhh, Yarely. ¿Qué te pasa? Me vas a tira al suelo —sonrió Burt, y la abrazó, pero ella ya estaba en la zona oscura.

Vio que los ojos de Burt habían contemplado algo. Una silueta. La esbelta forma de una mujer. La calle estaba oscura, pero las luces de mantequilla de las farolas eran suficientes como para delatarla. Se trataba de una mujer joven. Delgada. Envuelta en una cazadora con gorra forrada de lana. Se dirigía calle abajo cuando creía que no la veía nadie en una noche de tormenta de nieve, mientras en una mano suspendía algo metálico. Reluciente. Una cruz.

De repente, se echó para atrás como si el cuerpo de Burt hubiera descargado un rayo que le hubiese entrado por el cráneo. Fue como saltar hacia atrás. Algo que a Burt le extrañó, ya que su sonrisa se había diluido y sus ojos se habían agrandado con una mirada profunda.

—Tú la has visto —acució ella visiblemente desconcertada—. Has

visto a la chica que tenía una cruz como la del otro día, colgando de su mano. ¿Qué más sabes Burt?

—No mucho más, eh, pero ¿qué estás diciendo? Yo no he visto a nadie. —Burt decía la verdad, pero ella no lo creyó.

—Acabo de leerte la mente Burt. Ya sabes de lo que era capaz Peter Bray, y yo también soy como él.

—Sí, eso ya lo sé, pero el otro día dijiste que era un asesino. No le llegaste a ver bien, pero lo vistes en aquel cadáver. ¿Qué más puedo yo decirte de esto? No sé nada. Sé que entráis en una zona muerta, oscura y que de repente se os abre una pantalla de cine donde se proyectan todas las imágenes. ¿Qué puedo decir yo al respecto? Nada. Pero sé que es real.

—Sí, eso es así, pero necesito contarte lo que me ha sucedido Burt. Al margen de que me estés ocultando algo. Necesito tu apoyo y comprensión. Estoy algo perdida. ¿Ann sigue viva?

Burt se puso serio.

—¿Qué te hace suponer que está viva? Entra en casa. Te vas a congelar. Y aclárame todo esto. —La mano derecha del viejo señaló el pasillo.

Ella lo siguió con su mirada y asintió con la cabeza.

—A eso he venido Burt. A eso he venido.

Y entraron en casa, sin que esta vez, la puerta chirriara de nuevo.

55

—Señor. Ha aparecido una nueva víctima —informó Enzo con las manos entrelazadas. Tenía la cabeza hundida entre sus hombros como si estuviera haciendo algo malo.

—Joder. ¿Quién te lo ha dicho? ¿No dije que todo me lo desviarais hacia mi teléfono? —Kendall levantó la base del teléfono para mostrárselo. El cordón que unía el auricular con la base parecía el umbilical tras un parto se balanceaba en el aire—. ¿Tan difícil es seguir mis órdenes?

Enzo se encogió más de hombros, pero observó que su superior le había formulado mal las preguntas. Lo suyo era: ¿Quién te ha informado? ¿Tan difícil es cumplir mis órdenes? Tuvo la tentación de corregirle, pero obviamente no lo hizo.

—Lo siento señor, pero creí que esto era muy importante.

—¡Creí! ¡Creí! Y al final perdió la fe. Serás inútil. —Kendall estaba desbocado como una mula terca. Sus aires de chico de ciudad se mostraban como esporas alrededor de su aura—. ¿Quién ha sido el afortunado esta vez?

—Luc James. Estaba soltero Cobraba una pensión. No era muy

conocido. Ahora Boad Hill es muy grande y se pierden los hábitos de tener en mente a todos los pueblerinos. Ahora es...

—¡Cállate! —le zanjó Kendall apretando los dientes. Era el rey de las cortas y yo continuo—. ¿Tenemos hombres en el lugar de los hechos?

—Todavía no.

—Mierda.

56

—Hablemos de lo que te preocupa Yarely. Después te hablaré de Ann. —Burt tenía en una mano una gran taza de café humeando como un cigarrillo. Ella tenía ambas manos apretando un vaso con tila.

—He visto a Peter.

Burt se quedó tan helado como la nieve que había fuera.

—Me gustan las bromas —espetó él.

—Es verdad. Cuando la carretera cedió ante la lluvia, uno de los agentes que la mantenían cortada me indicó un desvió. Cruce el puente a una velocidad moderada y justo al salir vi algo que no pude evitar. Casi le atropello. Mi reacción fue salir de la carretera y me estrellé contra un árbol...

—¿Te has hecho daño? —se preocupó Burt alargando su mano para mesarle el cabello. Estaban sentados en el sofá.

—No. Ningún golpe. Solo el susto. Y sigo, que me pierdo—Burt asintió—. Salí del coche para comprobar qué había allí. En medio de la carretera y vi una figura humana con una gabardina empapada y haciendo de acantilado por los faldones. Me acerqué y vi a un joven Peter, ya que tenía el pelo oscuro, gafas negras y todo coincidía con él. Lo toqué y de repente prendió en llamas. Después de esto, desperté en la cama de una habitación. En casa de Ann. Ella estaba allí.

Burt replegó la mano y apoyó su espalda contra el respaldo del sofá. Bebió un sorbo de café. Ya no estaba tan caliente.

—Eso no puede ser —dijo con una voz seca.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que no puede ser?

Ella estaba casi histérica y su voz aguda había alcanzado el techo. Apenas conocía a Burt y ya le estaba hablando así. Con total confianza. Con soberbia. Como si se hubiera criado con él.

—Porque Ann no se encuentra aquí. Se marchó. —Burt apoyó sus manos en las rodillas. Se quejó un poco y mastico la saliva. Si, la masticó como si fuera chicle.

—¿Ann se ha ido? ¿En qué ciudad?

—En el otro lado, hija. En la ciudad de los moradores.

Yarely comenzó a negar con la cabeza. Estaba casi aturdida. Como

si aquellas palabras le hubieran taladrado la cabeza. Como una granada que estalla y se incrusta en pedazos dentro de ti.

—¿Crees que estoy loca?

—Ni siquiera lo he insinuado.

—Esto es el colmo. —Se levantó con un respingo y ofendida se marchó por el pasillo y tras desaparecer después del portazo que hizo que la puerta repicara en el mármol, regresó a su coche, el cual respiró profundamente al arrancar el motor.

Y tomó un rumbo sin destino.

57

Los coches patrulla aterrizaron como moscardas en el jardín de la casa 43 de la calle Street Hill—mucho no se tuvieron que romper la cabeza con el dichoso nombre—, resbalando y dejando sus propios surcos sobre la hierba entre helada, la nieve y el agua. El clima era apoteósicamente apocalíptico.

Todas las portezuelas sonaron al estrangularse el sonido de las sirenas. Los agentes bajaron de sus vehículos patinando en el agua nieve y desenfundaron sus armas reglamentarias. La casa de Luc fue rodeada en cuestión de segundos y Kendall fue el primero en llegar a la puerta.

—La puerta está abierta —graznó hablando solo. Daba por hecho que Enzo lo había escuchado, pero su ayudante estaba tan desquiciado que no escuchó nada y sus ojos estaban clavados en todas partes menos en la puerta. Estaba apoyado a un lado de ésta.

—Que día más precioso —logró escuchar escapándose por el hueco de la puerta. Era la voz de una mujer. Sonaba quebrada y le temblaba el timbre.

Kendall empujó la puerta con la bota derecha como si fuera de gelatina y no quisiera mancharse con ella. Una gelatina roja.

—¿Quién anda ahí?

La voz de esa mujer no respondió.

Enzo se giró hacia el sheriff.

—Puede ser peligroso entrar, jefe. No sabemos quién está dentro ni quien ha hablado.

Su voz sí que temblaba, así como los dedos de la mano que apretaba el arma.

—Pues no lo parece —rezongó Kendall. Con los dientes apretados y una adrenalina fuera de sí recorriendo todo su cuerpo, dio el primer paso con el revolver en alto—Por segunda vez. ¿Quién hay ahí?

Unos dos metros antes de la entrada, uno de los policías de aspecto rollizo y cabello cobrizo dijo algo como:

—Y el asesino te contestará, capullo.

Después se había reído ocultándose con la mano abierta.

El interior estaba oscuro, pero pudo distinguir lánguidas sombras desvaídas que parecían sujetar la casa y lamer el suelo. En el fondo del pasillo había alguien.

—¿Quién es usted?

—Que día más precioso —repitió aquella voz truculenta.

Kendall avanzó dos pasos más, pero antes había soltado una mano del revolver para pulsar el interruptor de la luz. En ese momento se hizo la luz, bastante blanca por cierto, y la vio. Era una mujer anciana prestada en una silla de ruedas. Y en el suelo había un riachuelo de sangre. Ahora las lánguidas sombras habían desaparecido para mostrarse ocultas, en otros lugares de la casa.

—Señora. ¿Se encuentra bien?

—Que día más precioso —dijo nuevamente ella. Había recuperado algo en el baúl incrustado en su cerebro y no cesaba de repetirlo.

—Imagino que será absurdo si le pregunto de quién es esta sangre —espetó el sheriff que sostenía nuevamente el arma con las dos manos.

Enzo estaba pegado a su culo y él, avanzó dos pasos más. En ese momento, un Ford circulaba por la calle a poca velocidad. Era Yarely, quien decidió bajar la ventanilla para observar todas las luces, y a todos aquellos hombres armados. Algo le había llamado poderosamente la atención, cuando de repente, se hizo la luz en el espejo retrovisor.

Era la cara de Peter Bray estampada en el espejo.

—Empuja —dijo desde el asiento de atrás.

Ella se giró y no vio a nadie. Volvió a su posición inicial como un muelle y sus ojos buscaron el retrovisor. Peter ya no estaba. Y fue entonces cuando sucedió algo en su interior. Entró en la zona oscura sin tocar nada. Eran recuerdos difusos. Imágenes borrosas y sonidos que si podía escuchar claramente.

Veía una mano en alto con los dedos abiertos, y en el fondo un rostro difuso. La de un hombre. Estaba gritando: No, no, no quiero morir. Y otra voz decía: no vas a morir, solo vas a desear la muerte porque el dolor es la antesala del placer.

Aquella voz fue clara y era la de una mujer. Una chica joven. Por un momento le pareció ver en unas absurdas imágenes un cabello oscuro, pero al final vio los pelos rubios. Aquella chica joven era rubia y se asustó en medio del trance, el cual no abandonó porque no tenía voluntad para hacerlo. El coche se había detenido porque se había calado y estornudó antes de morir bajo la tempestad. En la zona muerta. Esa parte oscura vio algo nuevo.

Se vio sus propias manos aguantando una cruz de metal.

58

De los alfileres en la lengua pasó a las cuchillas en su pecho y genitales. Ese monstruo que todo lo devoraba con hastiado desdén se proyectaba en aquellos pedazos de cristal bajo una luz mezquina. La de un centenar de velas doblegadas, desgastadas y amorfas por su aspecto.

—Nunca comprenderé cómo es posible lograr el placer con el dolor. Con la aberración. Con lo monstruoso. Todos se inhiben en pánico y suplican la muerte al final. No comprendo cómo fenecen si solo les meto...

Y calló.

59

Burt hizo acopio de otro café cuando el transceptor de su habitación hizo un extraño ruido. Se giró de inmediato hacia el aparato que parecía más a una radio de los años cincuenta que un transceptor de comunicaciones. Habían pasado los años, pero el tiempo parecía haberse detenido para los equipos electrónicos de la policía. Muchas veces pensaba que eso era así porque los directores de corbata se llevaban todo el dinero antes de entrar por la puerta. Aunque el cuerpo de policía—no todos—, podía estar corrupto en algunos lugares.

Tocó el altavoz que se ocultaba tras una rejilla marrón.

«Joel. Ha aparecido otro cadáver en las mismas condiciones que los otros dos. Parece que estamos ante un asesino en serie que tiene a Dios por delante o se trata de un pirado religioso que se lleva la cruz a cuestas. ¿Te puedes creer que todas las víctimas tienen metidas la cruz en el culo? Risas»

Pero a Burt ni le hizo ninguna gracia.

Era como revivir el pasado, pero con cierta magnitud. Y esta vez no estaba Peter Bray, ni Ann ni él era tan joven como para ser el sheriff de Boad Hill. Esta vez había una chica nueva con el nuevo esplendor en su rostro.

¿Quién era realmente Yarely?

Ahora Burt Duchamp tenía sus dudas.

60

—Señorita. Puede usted seguí r su camino. Aquí no hay nada que ver —le despertó del trance uno de los policías. Un tipo bien afeitado, delgado, pero con unos ojos verdes que atraían. Al menos ella, después del susto, se mostró receptiva ante aquella mirada.

—Sí, sí. Perdone. Es que embragué mal la marcha y se me caló el coche. No estaba mirando nada —mintió Yarely.

El policía le sonrió. Tenía una prominente barbilla y un hoyo que lo hacía especialmente atractivo. Ella le sonrió abiertamente dejando a un lado lo que había visto en la zona oscura. Giró la llave de contacto y el motor despertó de nuevo. Embragó y aceleró un poco.

—Tenga cuidado con la nieve —añadió el policía moviendo la mano.

Ella le sonrió mostrando sus labios estirados en el retrovisor. Allí no estaba Peter Bray, y eso que lo buscó con la mirada. Aceleró en la segunda marcha, y la tercera, y su silueta desapareció en una densa niebla de agua y nieve.

Y recordó mientras regresaba al motel.

61

Burt reprimió los malos pensamientos y recordó a su viejo amigo Peter Bray, el del brillo. El que escribió su particular historia. El que descubrió a los más perturbados asesinos como Jack pies de pluma. Recordó todas sus hazañas. Como cada vez se sorprendía más y más. Y pensó en la capacidad de ese joven para ver cosas que un mortal no hubiera visto ni aunque hubiera nacido siete veces.

Quería pensar que Yarely era agua limpia.

62

Después de esto, todo fue muy precipitado.

Los criminólogos hicieron su trabajo en el lugar de los hechos. Mismo modus operandis. La cruz clavada en el culo. Uno de los hombres de Kendall llegó a decir entre risas que el asesino era gay, porque solo buscaba los culos de los hombres. Aquello sonó homófobo y Kendall lo mandó a casa un día con la suspensión de un mes de sueldo.

Eso estaba bien.

Mientras el tiempo discurría y la nieve se hacía hielo unas veces y agua, otras tantas, recibió la noticia que esperaba.

—Señor Kendall. Las huellas pertenecen a la misma persona. Se trata de Yarely Nguyen, pero no sabemos dónde está ahora mismo.

—¿Para qué os pagan? ¿Eh? —El sheriff estaba con los ojos inyectados en sangre mientras sostenía el jodido auricular pegado a su oído. Cada vez que hablaba soltaba escupitajos y Enzo se iba al cuarto de baño para no recibir una reprimenda.

—Para la balística o en este caso, contrastar las huellas o el cabello encontrado. Tenemos un pelo rubio cuyo ADN dice lo mismo.

—Vale. Está bien.

Y colgó.

Kendall se quedó mirando al techo donde descubrió para su sorpresa, una araña del tamaño de un anillo. La observó y la olvidó al instante. Tenía un problema que solucionar mucho más importante. Estaba cerca de su presa.

Estaba ella como culpable.

Una fanática religiosa llamada Yarely no sé qué.

63

Dos días después, alguien llamado Malik Young estaba caminando desnudo sobre la nieve. Ahora la lluvia había cesado y el manto blanco recubría el suelo en una mañana gélida. En una mano tenía una bolsa con algo dentro en un charco de sangre. Detrás de sí, dejaba un rastro de gotas de sangre y brotaba de su entrepierna.

Varios fueron los vecinos que lo vieron y horrorizados llamaron a la policía. La centralita se colapsó como el sistema operativo de Windows con su famoso pantallazo azul, también conocido como pantalla de la muerte, y Kendall envió a dos de sus hombres al lugar donde lo habían visto. Una calle llamada MelrouseHill que estaba al final de Boad Hill, acercándose a una pedanía. Por delante ese hombre tenía un largo camino que recorrer por carretera si quería ir hacia Boston andando.

Cinco minutos después Joel Reed y Adam Cox se presentaron al lugar donde, definitivamente, vieron al hombre desorientado.

—Deténgase señor. Es una orden —casi gritó Adam apoyado en la portezuela. Era el conductor y había dejado el motor en marcha. En el exterior hacia un frío que congelaba las pelotas y eso, parecía que llevaba dentro de esa bolsa aquel hombre desnudo que desoyó al policía.

—Vamos a detenerlo Adam —acució Joel que se disponía a pisar la nieve.

—Primero charlaremos con él, ¿vale?

—Está bien.

Joel se acercó por detrás y extendió su mano. El hombre caminaba absorto con los brazos casi en cruz. Estaba totalmente desnudo y era

fácil adivinar que no llevaba ningún arma encima. La mano de Joel le tocó el hombro helado y el hombre siguió caminando. Joel insistió y lo arrastró hacia sí. Entonces el hombre se dio la vuelta. Joel agrandó sus ojos marrones castaños.

—Déjeme ir señor —solicitó Malik—. Solo quiero irme de aquí. Solo quiero sentir el placer del dolor.

—Está usted mutilado. ¿Qué lleva en esa bolsa?

Adam Cox se estaba acercando a ellos.

—Es mi pene y mis testículos, con el escroto incluido —confesó aquel loco.

Adam que lo escuchó entre las rachas de viento no pudo contenerse.

—Dios. Está usted loco. ¿Quién le ha hecho esto?

—Nadie.

Y el loco comenzó a reírse mientras tiritaba.

Joel le pidió a su compañero que le pusiera su chaqueta sobre sus hombros.

—Tiene que venir al hospital, señor...

—Malik Young. Ese es mi nombre —le cortó a Joel, y siguió riéndose. Sus nalgas parecían cataratas oscuras. Y su entrepierna una cueva en la que estaba esperando el lobo con sus fauces abiertas.

—Malik. Venga con nosotros —ordenó Adam tan pálido como un fiambre en un congelador.

64

Durante los dos días que duró su infierno, Yarely se vio inmersa en todo tipo de situaciones. Algunas de ellas eran simplemente pesadillas, otras, sin embargo, eran recuerdos. Sus manos manchadas de sangre. Aquellos hombres suplicando con la boca tan abierta que parecían descoyuntarse por el grito de dolor. El brillo metálico de esas cruces siendo arrastradas. Todo parecía tan real, que se veía a sí misma como el doctor Jekyll. Era como si de repente, aquella chica mona se transformara en un monstruo. Por supuesto no vio a Peter Bray en esas angustiosas horas en lo que ni siquiera visitó más a Burt Duchamp. Hasta ahora, su única persona de confianza. No podía llorarle a los hombros y explicarle qué puñetas le estaba sucediendo.

El tercero en discordia, es decir, la tercera víctima, había suplicado incluso que tomara a su madre enferma para hacer sus diabluras, pero que perversa es la humanidad pensó. Y por más que dilataba sus neuronas rumiando, no encontraba el momento en que se cruzaban todos los hilos.

Ella veía, pero ahora no estaba apretando ninguna mano, ni tocaba

ningún hombro. Tampoco se estaba arrollando delante de una de aquellas víctimas. Recordó la primera vez. Había visto algo. A alguien cuyo sexo no pudo ver. Había escuchado una voz, que le parecía traicionar en el tono y tampoco sabía de qué se trataba. Hombre o mujer, no era ella. De eso no tenía ninguna duda, pero ahora las reglas del juego habían cambiado drásticamente, como lo hizo el temporal. De la nieve había pasado a la lluvia y de ésta de nuevo a la nieve.

Ahora, se veía ella misma reflejada en un espejo virtual mientras hincaba la pesada cruz y removía dentro del ano. Veía como la sangre salía a borbotones y las heces. A veces porque estaban allí mismo, al final del colon y otras, porque esas víctimas—sus víctimas—, se cagaban de miedo.

La cosa era, que eso mismo le debió suceder a Peter Bray en más de una ocasión. Los poderes mentales, a veces, te podían jugar una mala pasada, pero esta vez estaba casi segura que había perdido el norte, como el temporal de viento soplaba en todas las direcciones posibles, desde el Este al Oeste, y desde el Norte al Sur, y también; del cielo al suelo y casi a la viceversa.

Era como si el infierno se hubiera abierto bajo sus pies.

Volvió a recordar o quizá, ver, al mismo miserable que suplicaba por su vida y regalaba la de su madre enferma, y pensó:

«Mal nacido. Cría cuervos y te sacarán los ojos.»

Pero, ella, ¿qué era?

Sus ojos hinchados empezaron a desbordar las lágrimas que se evaporaban antes de caer al suelo. Sí, eso sucedía.

65

—Me cago en la leche, el mundo está lleno de locos. —La voz de Kendall sonó áspera y atronadora al mismo tiempo. Su despacho, desde donde casi nunca salía, olía a su perfume, a sus calcetines y a sus pedos.

Enzo le había dado el último parte del día, porque eran casi las ocho de la tarde y la mitad de los policías se habían turnado.

—Se ha muerto desangrado. Lo más llamativo es que portaba un cinturón lleno de cruces colgando. Todas ellas de baratija y en el cuello como cientos de estolas, caían sobre su pecho una buena cantidad de crucifijos, pero en la inspección en su casa no se descubrió ninguna otra cruz.

—Adam me dijo que iba completamente desnudo.

—Excepto las cruces, señor.

Kendall enarcó una ceja.

Se había dado cuenta de que en su comisaria había una buena panda de inútiles.

66

Decidió al fin enfrentarse a la verdad.

El destino quiso que fuera caminando hacia la casa de Burt, bajo una tormenta de nieve de las que no se habían conocido en Boad Hill. Que ella supiera, ni el difunto Peter Bray habría descrito una borrasca igual. A pesar de ser el mediodía las farolas de la calle principal estaban encendidas. En realidad, todas las farolas de Boad Hill estaban titilando bajo unos copos de nieve que volaban como gigantescas mariposas blancas.

Yarely se había abrazado a si misma mientras horadaba la densa niebla, y persistía en mantenerse de pie ante un viento adverso y casi infernal. Sentía como si varias manos la empujasen para tirarla al suelo, y en la cara como si miles de mosquitos chocaran a gran velocidad como en los focos de un coche, donde morían en su propio charco de sangre.

El pueblo parecía deshabitado y casi devastado. Los semáforos solo mostraban el color anaranjado y bailaban en lo alto de un brazo. Sus pies patinaban a menudo, y otras, tenían que esforzarse por hincarse en la nieve que crecía en densidad, para poder avanzar hacia adelante.

Le quedaba poco camino, pero el último tramo le pareció el más complicado. El viento arreciaba cada vez con más fuerza y su rostro empezaba a mostrarse azulado. El aliento se congelaba en el aire, pero aún así, sacaba fuerzas para seguir.

Y pensó en esos desgraciados.

Y en sus manos ensangrentadas.

Finalmente, llegó a la puerta del hogar de Burt, donde se dio por vencida y se dejó caer al suelo. Al menos, allí, en ese trozo, el suelo era de madera y solo estaba mojado. Mientras tiritaba, levantó su puño derecho y tocó varias veces con muy pocas energías.

Un lustro después, una voz respondió:

—¿Quién leches es ahora?

Ella sonrió por debajo del bigote de nieve. Burt siempre había sido un renegón, pensó.

—Soy yo —pudo decir con no mucha fuerza. Aquello sonó a un resuello ahogado.

El viento no dejó que se escucharan los pasos de Burt quien se acercaba por el otro lado, a la puerta. Ésta se abrió sin ningún chirrido esta vez y el aire empalagoso la roció de cuerpo entero. Ella estaba

tumbada en el suelo. Burt se sorprendió y con los ojos muy abiertos gritó:

—¿Qué te ha sucedido?

Se agachó no sin quejarse y la cogió por las manos. Estaban heladas. Tiró de ella con toda su fuerza. Era como tirar de una escultura de hielo.

—Soy yo, Burt —murmuro ella casi inconsciente—. He sido yo.

—¿Qué estás diciendo? —Burt le toco la frente. Estaba ardiendo—. Tienes fiebre.

Cinco minutos después, Yarely estaba tumbada en el sofá cuan larga era. Con una manta sobre su cuerpo y una taza de café con mucha leche a un lado. El humo de esa taza debió parecerle uno de sus perfumes porque reaccionó rápido para cogerlo entre sus manos.

Pudo hacerlo con la ayuda de Burt quien la miraba con cierta consternación.

—Te has desmayado. Y en todo momento te has echado la culpa de todo esto, es decir, de los crímenes. Yo no te creo —explicó Burt con sus ojos tristes. El cabello blanco no volaba hacia ningún lado. Estaba laxo y pringoso.

—Es que me veo yo misma con las manos ensangrentadas.

—Eso no puede ser. En una de las ocasiones estabas incluso a mi lado. No puedes estar en dos sitios a la vez.

—¿Ha sido Ann? ¿Qué me dices de eso?

—Ya te dije que Ann se fue con Peter. Ninguno de los dos está ya aquí.

—Entonces, ¿por qué hablé con ella el otro día?

—No lo sé. ¿Por qué te echas la culpa de todo? Estoy rodeado de unos seres divinos con unos poderes que van más allá incluso de mi propia comprensión, a pesar de haber visto de todo. Esto es de locos. Alguien juega esta vez, contigo. Como le sucedió a Peter Bray.

—¿Eso crees?

—Sí.

Yarely sorbió un poco de café y entró en calor, ahora, algo más animada.

—Este café con leche está muy bueno —elogio ella.

Burt soltó una de sus risas rasgadas.

—Será mejor que te quedes en mi casa durante unos días.

—Qué bueno eres, Burt.

Y le cogió de la mano.

No vio nada.

Liam Dante estaba a punto de casarse con un tal John. Él era homosexual y en la escuela secundaria había sufrido todo tipo de incomprensiones, burlas y acoso. Explicar parte de su vida era recaer en los mismos adjetivos, historias y testimonios de siempre., los cuales, ahora, ya puedes leer incluso en guías de autoayuda.

Él fue el cuarto en caer.

Y fue su novio John quien lo encontró todavía vivo.

68

—Señor. Acaba de morir —le informó Adam.

Kendall se mordió la lengua y le dio un puntapié a la pared. Dos, y tres hasta descargar toda su furia.

—¿Ha dicho algo antes de estirar la pata?

—Sí.

—Bien. ¿Qué ha dicho?

—Que era más fuerte que él.

—¿Nada más?

—Solo eso.

—¿Estaba solo? ¿Quién llamo?

—En el momento de los hechos si estaba solo. Fue su novio John quien lo encontró moribundo.

—¿Su novio?

Adam se encogió de hombros.

—Sí. Su novio. ¿Qué tiene de malo, señor?

—No. Nada. Estamos en un mundo libre y nadie elige cómo quiere nacer. ¿Ha dicho algo más su novio?

—Lo mismo y que le amaba.

—¡Vaya mierda!

—Lo siento, señor.

—Esto es de locos. En Nueva York resolvía todos los casos y aquí me encuentro uno de los buenos, y no damos con la cabeza del clavo. Hay que joderse.

En ese mismo momento, un vehículo que bramaba como una bestia zozobró ante la puerta del lugar del crimen, a la vista de Kendall. Era un coche destartalado que dejó escapar una explosión en forma de nube azul cuando el rugido del motor enmudeció.

Del coche bajaron dos personas; Burt y Yarely.

Un agente le dio el alto.

Era Joel Reed.

—No pueden pasar.

—Eso lo dices tú. Soy el ex sheriff de esta ciudad y me gusta seguir en activo. Creo que puedo ayudaros en algo. ¿Le parece bien esta

excusa?

Joel no contestó, ya que una voz avivada por el clamor del viento voló sobre sus cabezas.

—¡Otra vez metiendo sus narices en mi trabajo!

Era Kendall quien los miraba con ojos abyectos.

—Solo quiero echar un vistazo. Creo que puedo aportar algo al caso. Conozco a un tipo que...

—Malik Young está muerto, y además, él no era el asesino. Las huellas dicen lo contrario y estamos cerca, créeme. —Le estaba señalando con el dedo desde una distancia prudente. Quizá unos tres metros—. Tu tiempo ya pasó.

—Kendall. Solo déjame mirar un poco.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quizá para sacarte las castañas del fuego.

El sheriff mostró unas yugulares como mangueras.

—¡Estás confundido viejo chocho! ¡Soy Kendall, y ya te digo que estamos cerca del asesino!

—¿Tan seguro estás?

En ese momento Enzo se había acercado al sheriff y le dijo algo al oído. Éste sonrió.

—¡Vaya! Las huellas coinciden. Se trata de una mujer. ¿Conoces a alguna mujer loca de celos? ¿Alguna feligresa que no haya follado bien?

Burt agachó la cabeza ante la sonrisa de Joel.

—Alguien te está mintiendo —acució al fin Burt volviendo a enderezar la cabeza, que ahora sí, su melena blanca volaba en volandas al ritmo del viento.

Kendall se lanzó literalmente hacia él, ya que caminó apresuradamente, patinando y clavándole la mirada. Se detuvo a unos centímetros de Burt.

—¿Quién esta chica?

—Mi hija.

—¿Cómo se llama?

—Samantha.

—Vale.

—Eres un calzonazos Kendall —atacó Burt sin venir a cuento, aunque sabía por qué lo hacía.

Kendall levantó la mano bruscamente para golpearle en la cara. Yarely le cogió de la mano y sintió un hormigueo súbito. Esperanzador y placentero. El sheriff retiró la mano con premura. Ella despertó de la zona oscura con un parpadeo.

—No te doy una torta porque en el fondo me das pena —admitió Kendall.

—Eres tú —aseguró Yarely.

Y Kendall clavó su fría mirada en los ojos de ella.

69

Esa misma noche cuando el cielo y la tierra se consumieron a maldiciones, Kendall fue directo al garaje. Lugar donde tenía guardado su coche particular. Lo arrancaba a diario y el motor esbozaba en plena noche. Era un coche de los buenos y Kendall era un enamorado del mismo. Tal era el amor por su coche que lo lavaba cada noche, pero en esta ocasión, su corazón palpitaba demasiado bajo su pecho al recordar lo que había dicho aquella chica rubia con cazadora y capucha. Había visto en aquellos ojos algo que no podía explicar.

Tocó el chasis de su coche rojo con una mano cálida y se excitó al pasar sus dedos sobre la superficie lisa de la pintura, hasta que notó algo seco en ella. Bajó la mirada y vio un rasguño profundo. Cierta ira se apoderó de él y a punto estuvo de gritar, pero pensó que podría arreglarlo esa misma noche. Guardaba las herramientas en el maletero que se abría como la boca de un sapo gigante. En el fondo del mismo había una pequeña maleta donde guardaba lo que él llamaba el botiquín de primeros auxilios. Estaba seguro de que tenía un pulimento allá dentro para reparar el rasguño, pero vio algo más que lo sobrecogió.

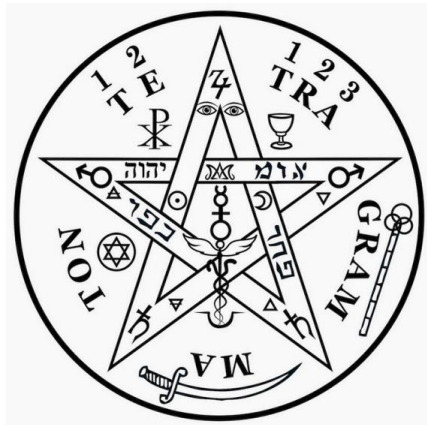
Algo que brillaba bajo la luz mezquina de la bombilla que colgaba como un ahorcado justo en el centro del garaje.

—Dios mío, no puedo ser yo —dijo.

Y tomó en sus manos dos cruces del tamaño de un paraguas. Los miró atentamente y empezó a llorar.

Todavía quedaban dos cruces.

FIN



Biografía del autor

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Ojos que no se abren", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "El hombre del láudano", "Aquel frío invierno", "Fin de cordura", "Pido perdón", "Solemn La Hora", "La mujer del Secreto", "El hombre que caminaba solo", "El asesino del año Boreal", "Lifey", "Una cura", "Confidencias de un Dios", "AGUA" y "El misterio de Balth". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año. Hay más años. Muchos más.